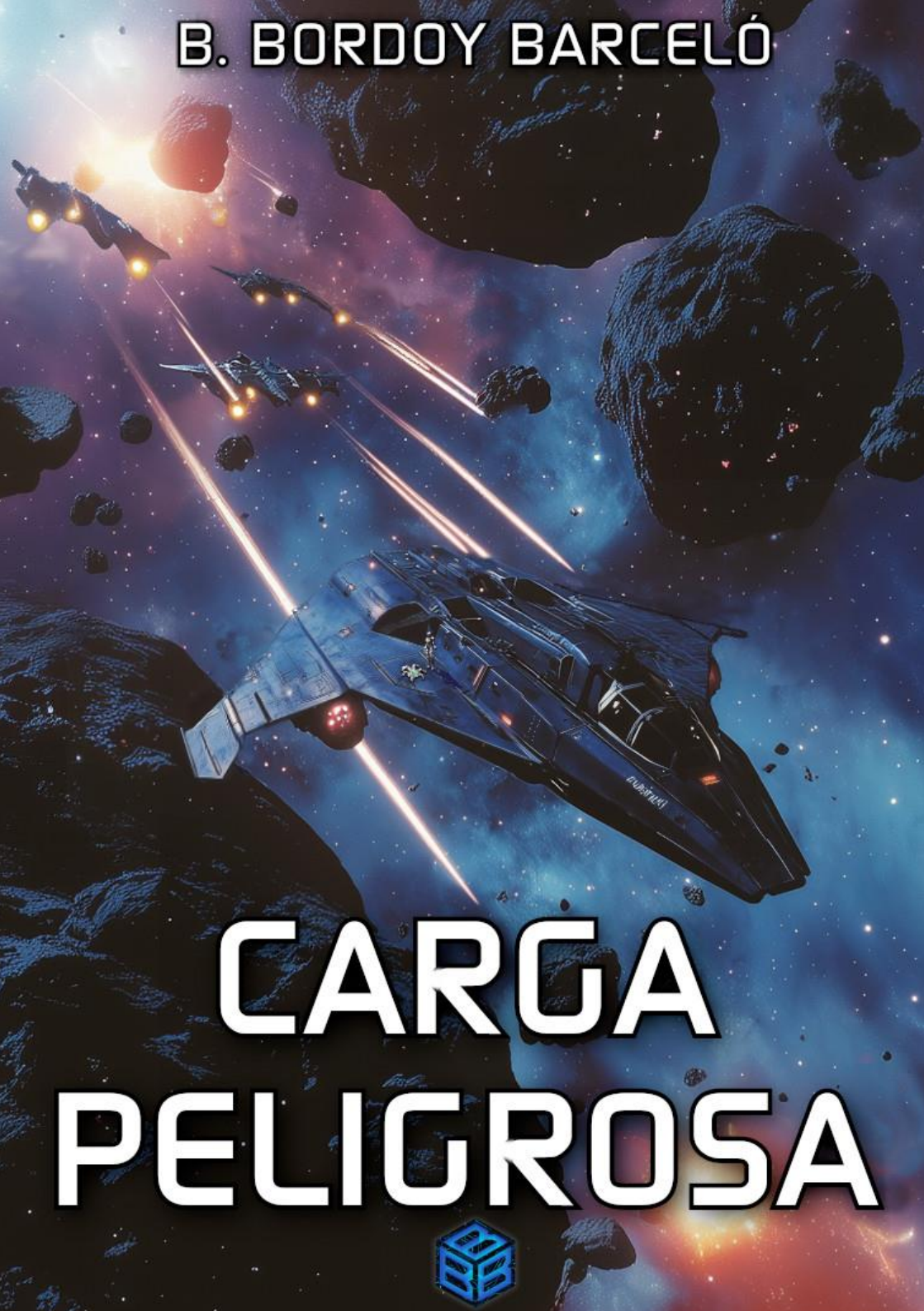
B. BORDOY BARCELÓ



CARGA PELIGROSA

Carga peligrosa

B. Bordoy Barceló



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, físico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y del editor. Todos los derechos reservados.

Carga Peligrosa
B. Bordoy Barceló
Primera Edición: Septiembre 2024
Ilustración de portada: B. Bordoy Barceló

Las ilustraciones se han generado con Midjourney y programas tradicionales de creación de imágenes. No se han usado personas reales o artistas como parte de los indicadores a la hora de generar las imágenes.

Todas las imágenes han sido generadas con una licencia comercial.

Muchas gracias a todos por interesaros en Vhan
y sus aventuras.
Y, sobre todo, por permitirme darle vida.
Gracias.

Índice

1. UNA NUEVA OPORTUNIDAD 6
2. BAX, EL GOBERNANTE ENTRE LAS SOMBRAS 16
3. PERSECUCIÓN ENTRE LAS CALLES DE GLEXER 31
4. FUEGO CRUZADO 48
5. SOMBRAS DE BATALLAS PASADAS 57
6. CICATRICES DE UN TRABAJO FALLIDO 72
7. ¿POR QUÉ TE PERSIGUEN? 81
ENCICLOPEDIA GALÁCTICA 102

Alinum
Armas de plasma
Balnir
Ciencia galáctica
Créditos
Cuerpo de Protección
Deportes galácticos
Galáctico (idioma)
Gobierno Galáctico
Guardianes del orden de la Galaxia
Humanos
Minas de gas de Mojen
Motor de salto
Ohksiano
Paltar
Rifle de fusión
Scroc
Tiempo galáctico
Ühn

1. Una nueva oportunidad

Vhan abrió lentamente los ojos mientras el dolor de cabeza se intensificaba, recordándole la difícil noche que había pasado y la botella vacía que ahora descansaba sobre la mesilla. Se llevó una mano a la cabeza, intentando mitigar sin éxito aquel intenso malestar. Con un gruñido de impotencia, observó el conocido y descascarillado techo de su camarote.

"*No debí beber tanto anoche*" se dijo con enfado, incorporándose con cuidado mientras los recuerdos que había intentado ahogar volvían a su mente. Aquella hermosa mujer vestida con uniforme militar que le sonreía; ese pelo color de la miel agitándose cuando apagaban la gravedad artificial de su habitación; la suave fragancia que siempre dejaba en sus sábanas cuando se iba al día siguiente; aquellos ojos azules, claros como los anillos de hielo donde se conocieron...

Agitó la cabeza con fuerza para hacer desaparecer esa imagen de su mente, pero solo consiguió marearse. Se aferró a las sábanas como pudo para mantenerse erguido y no caer de nuevo.

Finalmente, tras un largo minuto con los ojos cerrados y haciendo un esfuerzo considerable, se levantó para empezar el día.

Mientras se lavaba la cara, el espejo reflejó el estante que había tratado de evitar. Aquel espacio lleno de recuerdos de una vida que ya no parecía real; una vida que había intentado proteger y, al mismo tiempo, olvidar. Una vida que le había traído felicidad y que sabía que nunca iba a volver. Cerró los ojos por

un momento y, con un nudo en la garganta, salió del camarote.

Con pasos rápidos y decididos se acercó a la cocina, se preparó una taza de gorloc y salió de la nave. Una intensa luz lo envolvió, obligándole a entrecerrar los ojos para apreciar el paisaje. Inmensos árboles crecían a su alrededor, recortando la imagen de la montaña que se elevaba en el horizonte y cuya cima estaba completamente nevada. El sonido del agua del río cercano se entremezclaba con el suave canto de los pájaros y el sonido de los insectos.

El humano inspiró profundamente, dejando que el aire fresco disipara los pensamientos que no dejaban de revolotear en su mente.

—Buenos días, ya pensaba que esa botella de alcohol había acabado contigo —saludó una voz fuerte y artificial a su lado. Vhan gruñó a modo de respuesta y se giró para ver al robot, quien montaba de nuevo el recubrimiento cerámico de la nave—. Mientras tú dormías he revisado los circuitos de las alas. Todo parece en orden.

—Buen trabajo, Tidux —respondió, tomando un largo sorbo de su taza y dejando que el gorloc lo despertara—. ¿Con esto habremos terminado el chequeo anual? ¿Cuál es tu valoración?

—La nave aguanta, por ahora. Aunque las últimas misiones y los desperfectos que hemos sufrido no ayudan a ello —indicó el robot, levantando la vista y señalando los arreglos recientes en el casco procedentes de varios enfrentamientos en los que habían participado.

—Al menos nosotros salimos mejor parados que ellos... —recordó Vhan, pensando en aquel trabajo y en lo cerca que ha-

bían estado de no contarlo. En un principio los habían contratado para transportar un cargamento de maquinaria y equipamiento a un sistema minero sin decirles que este estaba siendo bloqueado por un grupo comerciante que deseaba plantar su hegemonía empresarial sobre el lugar. Aquel grupo de presión se tomó muy mal que una nave ajena a ellos tratara de saltarse su autoridad; acabando en un combate a toda velocidad alrededor del planeta—. Y eliminamos el problema que tenían los mineros.

—Conseguimos ayudarles, es cierto. Pero no cobramos nada por hacerlo.

—Gajes del oficio —respondió Vhan, encogiéndose de hombros pues sabía que, la gran mayoría de veces, las cosas no salían como uno quería—. Pero eso ya da igual, ¿qué hay de la nave?

—Lo peor son los circuitos de salto. Están llegando al límite de su vida útil. Deberíamos cambiarlos antes de que fallen.

—¿Ya? ¡Pero si en la última revisión estaban bien!

—Este último año hemos hecho muchos viajes, Vhan… —El robot alargó las palabras, como si meditara cómo continuar.

—Escúpelo, Tidux, casi puedo oír tus engranajes chirriar desde aquí. ¿Qué estás pensando? —Preguntó con diversión. Conocía demasiado bien a su compañero como para no saber cuándo este se debatía en algún tema complicado.

—Hemos viajado mucho este año, pero nuestros resultados no han sido muy buenos. Pronto nos quedaremos sin dinero y sin reservas. Llevamos casi cuarenta días aquí y, aunque hemos estado revisando la nave, nadie nos ha contactado para ofrecer-

nos trabajo. ¿No deberíamos empezar a buscar uno nuevo? ¿No deberíamos ir a alguna de las estaciones habituales y ver si alguien nos necesita?

—¿Y perdernos estas bonitas vistas? No todo es trabajo, también hay que disfrutar un poco de la vida, ¿no crees? —Bromeó Vhan, ignorando las preocupaciones del robot mientras sorbía de nuevo. El rostro de Tidux era inexpresivo, pero, aun así, creyó ver un brillo de enfado en sus ojos. Aunque pretendía hacer oídos sordos, esas eran también sus propias preocupaciones. Y, a pesar de ello, había decidido dejarlas en segundo plano para disfrutar del momento, en silencio, tranquilo, en paz—. Creo que deberíamos quedarnos un poco más aquí. Luego, cuando se nos acaben las reservas, haremos lo que dices. Iremos a la estación más cercana a buscar algún trabajo interesante.

—No entiendo qué tiene de bueno este lugar ni quedarnos aquí sin hacer nada, dejando pasar los días y agotando las reservas de comida y alcohol. Pensaba que preferías estar allí arriba, en el espacio.

—Y me gusta, Tidux, pero ya que encontramos este lugar tranquilo, hay que aprovecharlo. No sólo para revisar la nave, si no para alejarse un poco del caos de estos últimos trabajos —respondió Vhan mientras una sonrisa fugaz afloraba en su rostro.

Le resultaba muy difícil explicar sus motivos al robot, pero aún más difícil era admitirlos para sí mismo. Ni siquiera él sabía por qué había decidido quedarse ahí, demorando la revisión de la nave y agotando las reservas. De pronto, la verdad lo golpeó

con la fuerza de un recuerdo no deseado: "*Claro que lo sabes, es su aniversario*". Las palabras resonaron en su mente, haciendo eco en el rincón más oscuro de su ser. Su expresión se endureció y la serenidad de su sonrisa se desvaneció, revelando el peso de lo que había intentado sepultar.

Había hecho todo lo posible para ahogar esos recuerdos, pero no podía ignorar lo que había visto en las pantallas de la estación minera: los noticiarios anunciaban el vigésimo aniversario de la caída del Cuerpo de Protección. La institución creada, compuesta y dirigida por y para los humanos, destinada a proteger a los suyos y a la que había entregado su vida anterior. Una vida que se había desmoronado en un día trágico y sangriento. Las imágenes reabrieron viejas heridas que nunca habían terminado de cicatrizar, atrapándolo de nuevo entre el pasado y el presente.

Entre las transmisiones oficiales, un rostro familiar apareció fugazmente, uno que había intentado borrar de su memoria durante toda su vida y que seguía incrustado en su alma: el amor de su vida, la mujer que le habían arrebatado; aquella a la que había prometido proteger siempre y a quien había fallado. Su aparición despertó un espectro que yacía largo tiempo dormido, un fantasma que lo seguía a todos lados, invadiendo sus sueños con promesas rotas y momentos que jamás regresarían.

Vhan cerró los ojos, intentando contener el dolor que se desbordaba. Pues no sólo la había perdido a ella, también había perdido la parte de sí mismo que aún podía creer en algo mejor, la parte que aún tenía esperanza. Todo lo que había construido

desde entonces, cada batalla librada, cada misión aceptada, no había sido más que una distracción, un intento desesperado de llenar el vacío que había quedado en su interior y que lo consumía. Y, aun así, no conseguía mitigar esa pérdida. Sentía que la nave, la vida de mercenario y hasta su propia existencia no eran más que sombras de lo que alguna vez fue, de lo que alguna vez quiso ser.

—Vhan, ¿estás bien? —Preguntó el robot al ver cómo su compañero se quedaba en silencio, con la mirada perdida y el pulso acelerado.

—¿Qué? Sí, sí, estoy bien —respondió con rapidez, su voz un poco más áspera de lo habitual. El hombre arrastró, no sin dificultad, su mente a la realidad, enterrando de nuevo los sentimientos que le habían asaltado sin aviso y que se habían adueñado de su ser—. Sólo estaba... pensando en lo que decías. Es mejor que nos busquen a nosotros. Si parecemos desesperados tendremos que aceptar el primer trabajo que venga. Pero si esperamos un poco y dejamos que el cliente nos encuentre, podremos pedir más dinero.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado con lo que te he dicho antes? ¡Estamos desesperados!

—Tranquilo, ya verás como todo saldrá bien —respondió, cruzando mentalmente los dedos para quedarse ahí y dejar que aquellos recuerdos se perdieran de una vez por todas entre la naturaleza que le rodeaba.

De pronto, cómo si aquellas palabras lo hubieran conjurado, la muñequera de Vhan comenzó a vibrar, indicándole que estaba

recibiendo una llamada. La miró con una mezcla de sorpresa y desconfianza. "*No puede ser, tiene que ser una broma*" pensó al comprobar que esta venía a través del canal cifrado que usaba con sus contactos. Pero el número era desconocido, sin identificación alguna. "*¿Quién será?*" Aún con la incertidumbre en la cabeza, aceptó la comunicación.

—Aquí Vhan Stalix, ¿quién llama?

—Ya pensaba que nadie iba a responder —dijo una voz ruda y profunda, como el entrechocar de dos piedras—. Busco al humano que realiza trabajos bajo demanda, ¿eres tú?

—No sé quién eres ni cómo has conseguido este número, pero si no te identificas ahora mismo, cortaré la comunicación —amenazó Vhan, endureciendo su tono y tratando de tomar el control de la conversación. Su mente funcionaba ahora a toda velocidad, procesando cada palabra e intentando identificar a su interlocutor.

—Tranquilo, no hay por qué ponerse así —rio el otro con un tono burlón que resonó con una autoridad tan aplastante que hizo que tanto Vhan como Tidux intercambiaran una mirada de alerta—. No soy del GoG, si es lo que piensas. Soy Bax. ¿Sabes quién soy?

El nombre cayó como un martillo, helando la sangre de Vhan. Un escalofrío recorrió su columna. Estaba hablando con el líder de la organización criminal más poderosa de todo el sector. Alguien a quien ni siquiera los Guardianes del orden de la Galaxia querían enfrentarse y al que daban manga ancha para que pudiera controlar y exprimir cómo quisiera todos aquellos

sistemas. Aunque también se sabía que entre esos presuntos defensores de Theia había muchos que habían sucumbido a los placeres que este les ofrecía. El mercenario trató de recomponerse y enmendar la brusquedad con la que le había hablado, tratando de no mostrar el miedo que sabía que no podía permitirse.

—Sí, lo sé. Sé quién es usted.

—Me alegro, así nos ahorramos presentaciones —concluyó con diversión, como si disfrutara de la tensión en el aire—. Necesito a alguien que recoja un cargamento y lo entregue en otro lugar al día siguiente. ¿Crees que puedes encargarte de ello?

—Sí, puedo hacerme cargo.

—Entonces será mejor que hablemos en privado. Te enviaré la localización y la hora de la reunión. Estaré ahí en dos días, no faltes.

La comunicación se cerró abruptamente, sin darle a Vhan la oportunidad de responder. Aunque todos sabían que Bax no aceptaba un "no" por respuesta. El humano miró la muñequera en silencio mientras el sonido del entorno volvía a llenar el lugar, como si la naturaleza intentara ahogar el peso de la conversación que acababa de suceder. El mercenario levantó la vista hacia Tidux y esbozó una sonrisa cargada de ironía.

—Ahí tienes tu maldito trabajo, ¿estás contento? ¿No es esto lo que querías?

—Bax es alguien muy importante. Si hacemos un buen trabajo, podríamos no volver a preocuparnos por el dinero.

—Y si lo hacemos mal, puede que no tengamos que preocu-

parnos por nada más. He oído demasiadas cosas de este tipo como para estar contento por recibir un trabajo suyo —respondió Vhan con preocupación. En su mente ahora desfilaban todos los rumores y leyendas oscuras que había oído sobre aquel criminal—. Además, ¿cómo ha conseguido mi contacto? ¿Quién puede habérselo dado? Y, lo que más me preocupa, ¿Para qué nos ha llamado? Tiene sus propios recaderos y gente dispuesta a hacer cualquier cosa por él. ¿Por qué recurre a nosotros?

—Eso tendrás que preguntárselo a él cuando lo veas. ¿O estás pensando en no aceptar el trabajo?

—Lo haremos, claro que lo haremos, Tidux. Si no lo aceptamos, estamos jodidos. Si no acudimos a la cita podemos olvidarnos de trabajar en todo este sector y no dormiremos tranquilos nunca más. Nos ha llamado y tenemos que ir... —respondió con un suspiro, pensativo, tratando de ordenar el caos de pensamientos que la llamada había desatado—. Si queremos llegar a tiempo, tenemos que ponernos en marcha cuanto antes. ¿Cuánto tardarás en montar los recubrimientos del ala y dejarlo todo listo para despegar?

—Cuenta una hora, máximo dos para recogerlo todo.

—Entonces no hay tiempo que perder. Cuanto antes estemos ahí arriba, más tranquilo me sentiré —dijo Vhan, tomando el último trago de gorloc, ya frío, y observando cómo la luz del día convertía el río que tenía frente a él en una criatura de luz que bailaba al son de la naturaleza—. Pero antes…

—¿Qué estás haciendo? —Preguntó Tidux con curiosidad al ver cómo el humano dejaba la taza en el suelo y comenzaba a

quitarse la ropa.

—No me necesitas para nada. Y no pienso irme de aquí sin darme un último baño —sonrió este, sintiendo el frescor de la tierra bajo sus pies desnudos y la calidez de la estrella sobre su piel mientras se dirigía al agua. Era un intento desesperado por recuperar la paz que había sentido al salir de la nave, una paz que los recuerdos y la llamada de Bax habían destruido en un instante—. Qué lástima tener que abandonar este lugar...

2. Bax, el Gobernante entre las sombras

Vhan revisó con nerviosismo el ordenador de salto, sus ojos se movían de un lado a otro de la pantalla, como si pudieran encontrar alguna pista sobre lo que les esperaba. El corazón martilleaba con fuerza en sus oídos y un sudor frío recorría su espalda. Quedaban pocos minutos para llegar a su destino: un punto en medio de la nada, un vacío inquietante entre dos sistemas estelares donde no había nada más que oscuridad y la incógnita de qué podría estar oculto allí. Las manos sujetaban con firmeza los controles; tratándose de Bax, Vhan sabía que no podía confiarse, que en ese abismo al que se dirigían podía aguardarlos una sorpresa mortal.

—Cuando lleguemos, haz un barrido de todo el lugar. Quiero saber qué hay a nuestro alrededor —ordenó el piloto—. Y prepara los circuitos de salto con unas nuevas coordenadas. Si las cosas se ponen feas quiero poder salir de ahí lo más rápido posible.

—¿Algún sitio en especial?

—No, me da igual. Un sitio cercano desde el que después podamos desaparecer.

—¿Crees que se trata de algún tipo de trampa? —Preguntó el robot, tratando de mostrar preocupación en su tono de voz.

—No lo sé, pero pronto lo sabremos —concluyó el humano al tiempo que veía cómo los segundos desaparecían de las pantallas.

La nube de salto purpúrea que los había acompañado hasta el momento convulsionó sobre sí misma y, de pronto, se desvaneció. El espacio oscuro y solitario, salpicado de estrellas, les dio la bienvenida.

—Activando sistemas de radar en busca de peligros —indicó Tidux, moviéndose con rapidez sobre los comandos. La pantalla holográfica mostró una ausencia total de objetos—. Los sistemas no detectan nada, está completamente vacío. ¿Nos han engañado?

—No lo sé. No esperaba encontrarme con esto... —Vhan revisó de nuevo la localización y la hora Bax le había enviado—. Dijo que estaría aquí en dos días y aún no es la hora del encuentro. Quizás todavía esté en camino.

—Entonces, ¿esperamos?

—No tenemos otra opción. No me gusta nada, pero no podemos hacer mucho más. Cambiemos a navegación silenciosa. Al menos nos ayudará a pasar desapercibidos para cualquiera que quiera mirar hacia aquí. Deja todos los equipos preparados y el ordenador de salto conectado, por si necesitamos irnos de aquí cagando leches.

—Recibido, activando navegación silenciosa —anunció el robot, apretando una serie de botones en una de las pantallas auxiliares. El rugido del motor se apaciguó, dejando sólo un leve murmullo. A su vez, el resto de los sistemas también reaccionaron; algunas pantallas se apagaron y las luces se atenuaron, tiñendo el interior de un tono rojizo que proyectaba sombras largas y fantasmales sobre las superficies metálicas.

—Ahora, a esperar —murmuró Vhan, recostándose en su

asiento con los brazos cruzados detrás de la cabeza mientras su mirada se fijaba en la proyección holográfica que mostraba el vacío alrededor de la Estrella Oscura.

——※ · ※ · ※——

Los minutos pasaban lentamente, arrastrándose como si cada uno fuera un peso adicional sobre los hombros de Vhan. Desde que activaron la navegación silenciosa, ni él ni Tidux habían dicho una palabra. Pero la quietud no había traído paz, al contrario, el silencio sólo había ayudado a amplificar el ruido de su mente. Mientras esperaban, había tratado de desentrañar, sin éxito, el enigma de cómo Bax había conseguido su contacto y por qué les había llamado para ofrecerles un trabajo. Cada respuesta a la que llegaba le parecía peor que la anterior.

Al mismo tiempo, la proyección del espacio vacío frente a él alimentaba sus peores temores, mostrándole emboscadas invisibles y trampas esperando a activarse en cualquier momento. La presión en su pecho crecía, como si el vacío mismo estuviera apretándole los pulmones. Y, aunque Tidux, imperturbable, seguía concentrado en los sistemas, Sabía que la incertidumbre también se escondía en algún rincón de sus circuitos. Una sombra que, aunque robótica, compartían.

"*Ya falta poco*" pensó, observando cómo el reloj se acercaba lentamente a la hora del encuentro. La sensación de soledad en el vasto y oscuro espacio se volvía casi insoportable, como si cada estrella distante fuera un ojo que lo juzgara. Pero entonces, el sonido cortante de un pitido rompió el silencio, poniéndolo en

alerta y sacándolo de ese mar de pensamientos oscuros. La calma antes de la tormenta había terminado.

—Tenemos compañía —anunció Vhan, enderezándose de golpe y aferrando los mandos.

—Nube de salto detectada. Tipo seis. Es un carguero. Centrando equipo visual sobre el objetivo.

—Eso no es un carguero. Es una nave de guerra —corrigió el humano al ver la imagen en la pantalla. Aunque Tidux tenía razón y el casco tenía las formas de un carguero de mercancías del tipo seis, este había sido completamente modificado para ser una fortaleza inexpugnable. Se podían ver refuerzos adicionales en las partes más vulnerables y una colección de torretas y sistemas de misiles a lo largo de toda la estructura. Un inmenso blasón relucía bajo la luz de cuatro grandes focos. Aunque Vhan no había visto nunca a Bax, conocía bien aquel emblema; un cráneo de color rojo intenso, con alas metálicas y afiladas, sobre un fondo plateado.

—Parece capaz de resistir una flota entera —comentó Tidux, enumerando las diferentes armas y sistemas visibles en la imagen.

—Este es el poder de Bax… —murmuró Vhan, leyendo el nombre de "Noejima" bajo el emblema del grupo criminal mientras un escalofrío le recorría la espalda. Una voz interna le advertía que huyera de ahí, que alejarse de personajes como aquellos era la mejor opción.

En ese momento, mientras se debatía en hacer caso o no de sus instintos, una llamada inundó el canal de comunicación.

—Nuestro sistema de navegación silenciosa no ha servido de nada —resopló el mercenario, negando con la cabeza.

—Tienen sistemas de detección avanzados, está claro —completó el robot al tiempo que veía cómo su compañero activaba la llamada.

—¿Vhan Stalix? —Preguntó una voz tensa a través del altavoz, acompañada de murmullos de fondo. El mercenario imaginó una cubierta de mando llena de terminales y tripulación atenta a cada movimiento y lectura.

—El mismo.

—Le envío ruta de acceso al hangar tres. Le estarán esperando para cachearle y llevarle a su reunión. Si intenta cualquier tontería, abriremos fuego. ¿Entendido? —Los sensores indicaron que los cañones de la nave de guerra se habían reposicionado, apuntando hacia ellos.

—Recibido. Estableciendo rumbo hacia el hangar tres, tal como se solicita —confirmó Vhan, reactivando los motores y abandonando la navegación silenciosa mientras dirigía la nave hacia el carguero. La comunicación se cerró, devolviendo el silencio a la cabina—. Creo que lo mejor será que vaya a ver a Bax solo. Prefiero que te quedes en la nave y mantengamos la comunicación abierta.

—Entendido.

La Estrella Oscura se adentró en el hangar indicado e inició la secuencia de aterrizaje. Vhan tiró de las palancas y ejecutó la última maniobra para tocar tierra. Justo entonces, mientras procedía a apagar el motor, los sensores le indicaron que la com-

puerta se cerraba.

—Parece que no saldremos de aquí sin el permiso del dueño —masculló el mercenario al tiempo que las pantallas le confirmaban la presurización del lugar.

—Detecto movimiento fuera —indicó el robot, enfocando las cámaras hacia un grupo de cuatro alienígenas que acababan de entrar en el hangar y se mantenían a cierta distancia, observando la nave.

—Ahí está mi comité de bienvenida —añadió su compañero, verificando que todo estaba en orden antes de desabrocharse el cinturón—. Veamos qué quiere Bax de nosotros.

Vhan respiró hondo y apretó el botón de apertura de la rampa de carga. La compuerta descendió lentamente, dejando entrar el aire reciclado del hangar, que inundó sus fosas nasales con una mezcla de olores familiares y extraños. Aunque conocía bien el aroma característico de su nave, una mezcla de metal caliente, aceite para máquinas y filtros de aires quemados, siempre se sorprendía al captar los de otras, que a menudo revelaban mucha información de lo que sucedía en su interior. El rastro de aceite viejo y metal chamuscado, mezclado con un ligero toque de humedad y productos químicos le decía mucho sobre el lugar: reparaciones apresuradas y una actividad constate y furtiva.

Al avanzar hacia el grupo que lo esperaba, Vhan se percató de cómo estos le estudiaban con interés. Estaban tranquilos, pero la tensión era palpable. Sus manos descansaban cerca de las armas, listos para actuar si fuera necesario. Frente a él, tres balnir, altos y musculosos, destacaban con su piel añil y sus cabe-

zas coronadas de púas, como cabellos endurecidos. Sus largos incisivos, característicos de su especie, sobresalían bajo sus labios, proyectado una imagen de ferocidad controlada. El último de ellos era un scroc de piel áspera y brillante, de un tono verde oscuro, casi negro. Sus ojos saltones estaban clavados sobre el humano. Cada tanto, su garganta se hinchaba y soltaba un pequeño croar, un reflejo involuntario que acompañaba sus respiraciones.

—Entréguenos sus armas y deposítelas en esta caja —gruñó uno de los balnir, que parecía ser el líder del grupo. Su voz sonaba rasposa, como si cada palabra fuera arrancada de lo más profundo de su garganta. Vhan obedeció sin discutir. Con movimientos calculados, se quitó la pistola que llevaba en la pernera del pantalón y la depositó en la caja de metal frente a él. Apenas soltó el arma, el scroc se acercó rápidamente y pasó un escáner por todo su cuerpo, el zumbido del dispositivo era casi imperceptible, pero suficiente para tensar el ambiente aún más. Tras revisar los resultados, este asintió con un leve movimiento de cabeza, agitando el contenido del calor que portaba—. Muy bien, síganos. Le están esperando.

Vhan caminó detrás del balnir, seguido por otro de ellos; sus pasos resonaban con fuerza en el suelo metálico del hangar. El scroc y otro de sus compañeros se habían quedado junto a la caja, custodiándola y vigilando la nave. De pronto, sintió un ligero temblor y un leve tirón en todo su cuerpo, como si la gravedad hubiera cambiado repentinamente por un segundo.

—¿Hemos saltado? —Preguntó, poniendo voz a sus pensa-

mientos.

—Así es, por seguridad. No queremos que nadie detecte nuestros movimientos o sepa dónde estamos.

—Entiendo… Un buen sistema —completó el mercenario, intentando sonar confiado y ocultar el nerviosismo que crecía en su interior. Su corazón latía con fuerza, consciente de que ya no había posibilidad de escapar.

En ese momento una idea le golpeó: "*¿Por qué Tidux no me ha dicho nada desde que salí de la nave? ¿Será que tienen bloqueadas las comunicaciones internas? No me sorprendería, viendo las medidas de seguridad que tienen. No quieren ningún tipo de sorpresas*" mientras reflexionaba, observó con cautela el extenso pasillo; las paredes estaban adornadas con paneles de control y luces de emergencia que parpadeaban suavemente. El sistema de ventilación era el único sonido que rompía el silencio en el que estaban sumidos sus dos guardianes.

El grupo tomó un ascensor que se cerró con un golpe seco, sumergiéndolos en un incómodo trayecto hacia las cubiertas superiores. No pasó mucho tiempo hasta que las puertas se abrieron con un silbido agudo, revelando otro corredor. Este era más estrecho y sofocante, creado de aquella manera para dificultar el avance de cualquier equipo de asalto que tratara de abordar y apoderarse del control de la nave.

Mientras Vhan pensaba en aquellas posibilidades y en el intrincado plano que debía tener esa cubierta, alcanzaron su destino. El grupo se detuvo ante una compuerta reforzada. Los dos soldados se colocaron a ambos lados con movimientos sincroni-

zados, sus posturas rígidas y vigilantes. El líder, sin apartar la mirada de Vhan, activó un dispositivo de apertura, invitándole a pasar.

Vhan obedeció y entró en una sala de reuniones. Una mesa para diez dominaba toda la sala, pero su mirada se fijó de inmediato en la criatura que la presidía y que le estudiaba con interés. Era un paltar, una raza originaria de aquel sector al que ellos mismos llamaban, Myrnix. Su piel gruesa y ocre contrastaba con las ropas de calidad que vestía, adornadas con partes de una armadura de combate. Su físico, poderoso y con una imponente estructura ósea lo hacían intimidante; sus ojos, pequeños y afilados, irradiaban peligro. A pesar de aquella apariencia amenazante, en aquellos momentos estaba comiendo, acompañado por un balnir y un ohksiano, también inmersos en el plato que tenían delante. Aunque Vhan no los conocía, no había duda de que estaba ante Bax y dos de sus comandantes.

—Así que tú eres Akion, el humano que rebusca entre las sobras y hace los trabajos que nadie quiere —anunció Bax con voz seca y profunda antes de morder un trozo de carne asada.

—Si eso es lo que dicen de mí, será verdad —respondió Vhan sin poder reprimir una ligera sonrisa al captar la pulla contra él—. Uno tiene que intentar sobrevivir en esta galaxia. Aunque a algunos les va mejor que otros —añadió, señalando los platos frente al líder de la organización. Las palabras tensaron a los comandantes, que miraron de reojo a su jefe, quien soltó una carcajada, escupiendo parte del bocado sobre la mesa.

—Uno hace lo que puede —respondió Bax, señalando con el cuchillo el asiento que había frente a él—. Siéntate, ¿quieres

comer algo?

—No, gracias. No tengo mucha hambre.

—Los nervios de verme, ¿eh? —Sonrió este, dejando entrever una ristra de dientes blanquecinos antes de atacar de nuevo su plato.

—¿Por qué me has llamado? ¿Cómo conseguiste mi contacto?

—Cuidado con ese tono, humano —gruñó el ohksiano, clavando sus ojos de reptil sobre él, amenazante.

—Tranquilo, Paken, no pasa nada, es normal que tenga curiosidad. Aunque ya debería saberlo... —intervino Bax, calmando a su comandante antes de volverse de nuevo hacia Vhan—. Sé todo lo que pasa en este sector. Hace tiempo que conozco tus trabajos de poca monta. El problema es cuando esos trabajos afectan mis intereses...

Aquellas palabras resonaron secas en la silenciosa sala, provocando un escalofrío en la espalda de Vhan. La tensión era palpable, casi cortante. Aun así, estaba claro que aquel líder criminal esperaba una respuesta. El mercenario tragó saliva e hizo acopio de todas las fuerzas para sonar lo más confiado posible.

—A veces los negocios no salen como uno quiere. No siempre podemos ganar.

—Buena respuesta... —completó, sonriéndole—. Una buena respuesta, ¿no os parece? —Preguntó antes de centrarse de nuevo en el ohksiano—. Aunque puede que a Paken no le haga mucha gracia. Sigue molesto por tu trabajo en el sistema Culris.

¿No es así?

—Esa vez te escapaste, pero no habrá una segunda —gruñó el reptil, mordiendo el filete con agresividad.

Vhan recordó el trabajo al que Bax se refería. Había pasado más de medio año desde que escoltaron a un cliente que estaba siendo perseguido por deudas de juego y lo hicieron desparecer. En ese momento, nadie le mencionó que era Bax quien lo buscaba, y él tampoco preguntó. Fue sólo al final, cuando apareció una nave hostil que Vhan logró dejar atrás y escapar con unas maniobras rápidas. Esta no llevaba insignias, así que supuso que se trataba de alguien de poca monta, no uno de los comandantes de líder criminal que tenía ahora delante.

—Pero eso ya es cosa del pasado —continuó Bax ignorando el comentario de su subordinado—. Como dices, a veces los negocios no salen como uno quiere. De todos modos, ya conseguí encontrar a tu cliente y aclarar las cosas. Le pude explicar personalmente la mala decisión que había tomado al tratar de pasar de mí y escapar. Fue él quien me dio tu contacto para que pudiéramos hablar.

—Ya veo... —respondió Vhan mientras sentía cómo su corazón se aceleraba al imaginar el final que había sufrido su antiguo cliente y qué era lo que le deparaba a él. Con dificultad, tragó saliva—. ¿Quieres matarme por ello?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué haría eso? —Preguntó, divertido ante la expresión de Vhan—. No quiero matar al mensajero. Al contrario, tal y como te dije en mi llamada, quiero que hagas un trabajo para mí. Necesito que recojas un cargamento en Glexer y

lo entregues a otra nave en una localización segura en dos días. Un trabajo sencillo, ¿verdad?

—¿Por qué yo? ¿Por qué no uno de tus transportistas habituales? Por lo que tengo entendido, tienes una flota completa para este tipo de cosas.

—Podría decir que quiero ayudar a alguien necesitado, pero mentiría. Mi flota está ocupada en misiones más importantes. Necesito a alguien que haga este trabajo. ¿Te interesa?

—¿Cuánto ganaré?

—Directo al grano. Me gusta —dijo Bax, divertido, saboreando por un momento el contenido de la copa que tenía entre las manos—. ¿No quieres saber qué transportarás?

—¿Me lo dirías si lo preguntara?

—No eres tonto, por lo que veo.

—Como has dicho antes, soy un humano que intenta ganarse la vida con las sobras de los demás. Si uno quiere sobrevivir, aprende rápido a saber qué preguntas hacer y cuáles no —respondió Vhan sin poder refrenar una ligera sonrisa.

—Veo que conoces bien cómo funciona esto. Me gusta. Te pagaré ochenta mil créditos por los dos días de trabajo.

—Que sean cien mil y tenemos trato —replicó Vhan rápidamente, tratando de sonar firme a pesar del nudo en su garganta. Los comandantes observaron a su jefe, que permaneció en silencio un momento antes de estallar en una carcajada que inundó todo el lugar.

—Los tienes bien puesto, no hay duda. Trato hecho. Cien mil. Y si haces esto bien, estoy seguro de que podré encontrar algún que otro trabajo más para ti.

—Mientras me pagues, dalo por hecho. Dame las indicaciones y me pondré en marcha ahora mismo.

——※ · ※ · ※——

Vhan terminó de ajustarse el arma, tratando de calmarse mientras sus manos trabajaban con movimientos automáticos, familiares. Sentía la tensión acumulada en cada músculo y, a medida que cerraba la rampa de la bodega de carga, inhaló profundamente el aire reciclado de la nave. "*Hogar, dulce hogar*" pensó para sí al tiempo que los engranajes de la compuerta emitían un chirrido metálico, sellando el área. Justo cuando empezaba a recobrar la calma, los pesados pasos de Tidux resonaron en el umbral de la compuerta de presurización. Sus ojos artificiales se clavaron sobre Vhan.

—No he podido conectarme contigo, tienen las comunicaciones internas bloqueadas.

—Lo sé. Cuando saltamos y no recibí noticias tuyas, supe que algo iba mal.

—¿Cómo ha ido? ¿Has conocido a Bax? ¿Qué te ha dicho?

—No ha ido mal, la verdad... Podía haber sido peor —respondió Vhan con alivio, meditando sobre la conversación que había tenido con el líder criminal—. ¿Recuerdas la escolta que hicimos en el sistema Culris?

—Sí, el paltar que estaba huyendo de unas deudas de juego.

—Pues me parece que no eran deudas de juego. Quien le perseguía era Bax.

—Oh...

—Exacto. Y parece que, a pesar de nuestro trabajo, lo encontraron. Fue él quien le dio nuestro contacto.

—Entonces, ¿qué es lo que quería?

La conversación quedó suspendida un segundo en el aire cuando ambos sintieron una leve corriente energética atravesar todo su cuerpo al salir de la nube de salto y regresar al espacio normal.

—Ahora te lo explico, vamos a la cabina. Ya me han dicho que nos quieren fuera del hangar ahora mismo —dijo Vhan, recorriendo la zona de carga y dirigiéndose a la cabina. Al llegar, vio que ya estaban recibiendo una llamada desde la cubierta de mando del carguero—. Aquí la Estrella Oscura.

—Hemos salido de la nube de salto y procedemos a realizar el vacío en el hangar. Tienen luz verde para salir.

—Entendido, gracias. Iniciando secuencia de despegue.

Vhan observó cómo su compañero activaba los sistemas, los monitores se encendían uno a uno y el motor volvía a rugir, llenando la nave con su sonido familiar. El mercenario tiró de los mandos con firmeza, y la Estrella Oscura se alzó con un movimiento suave, deslizándose hacia la compuerta del hangar que se abría lentamente ante ellos, dejándoles vía libre de nuevo.

El espacio les envolvió, y Vhan dio más potencia a los propulsores, sintiendo la vibración bajo sus pies mientras la nave ganaba velocidad y se alejaba del carguero. En ese instante, los sistemas alertaron de la generación de una nube de salto. El Noejima se desvaneció ante sus ojos en un solo instante, como si

nunca hubiera estado ahí.

—Ya está, solos de nuevo —dijo el mercenario con alivio, sintiendo cómo el nerviosismo que le había dominado hasta aquel momento se desvanecía poco a poco.

—¿Y bien? ¿Cuál es el trabajo que debemos hacer? —Preguntó Tidux, volviéndose ahora hacia su compañero.

—Recoger y entregar. Ahora te cuento los detalles, pero primero pasaré las localizaciones que me han dado al ordenador central y nos podremos en marcha. Que tampoco tenemos mucho tiempo —explicó Vhan, manipulando rápidamente su muñequera mientras aparecían los datos.

—Espero que nos paguen bien por esto.

—Sí, puedes estar tranquilo. Pedí cien mil. Aunque me da la sensación de que podía haber pedido más.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Ya hice mucho arriesgándome a pedir ese aumento. Sobre todo, después de que me dijera que se había cargado a uno de nuestros últimos clientes. Si quieres, la próxima vez vas tú a negociar nuestras tarifas.

—Al menos nos dará para aguantar un poco.

—Tú y el maldito dinero... —bufó Vhan, negando con la cabeza al tiempo que introducía las coordenadas del planeta Glexer en el ordenador.

—No soy yo el que lo necesita para comer —respondió el robot con tono firme y tratando de sonar divertido, logrando arrancar una sonrisa al humano mientras activaba la secuencia de salto.

3. Persecución entre las calles de Glexer

La Estrella Oscura emergió del hiperespacio en completo silencio, deslizándose a través del vacío estelar. En su interior, Vhan observaba con atención el planeta que se desplegaba ante ellos. Glexer, una colmena de actividad manufacturera alimentada por la abundancia de vetas de minerales que cruzaban toda su superficie. La codicia de las grandes corporaciones mineras y las fábricas había convertido al planeta en un vasto complejo industrial, lleno de estaciones y puertos espaciales que exportaban sus productos al resto del sector Myrnix.

Si alguna vez había sido un mundo verde, ese tiempo ya había quedado atrás. Ahora su atmósfera ocre estaba saturada de polvo y humo, una mezcla tóxica producto de la continua extracción y del implacable trabajo de las máquinas e industrias.

—Este es nuestro destino —informó Vhan, mientras revisaba los datos en su pantalla y localizaba el punto de recogida, una pequeña tienda situada en Terfar, la capital del planeta y núcleo de las mayores empresas y negocios.

—Tenemos una comunicación entrante de la estación de control del planeta —informó Tidux, señalando la pantalla auxiliar—. ¿Qué vas a decir?

—La verdad, que venimos a hacer negocios —respondió con una sonrisa, activando el dispositivo.

—Nave desconocida, atención, nave desconocida. Identifí-

quese inmediatamente.

—Aquí la nave Estrella Oscura. Número de registro: XZ-843. Transmitiendo datos.

—Revisando, un momento... —respondió una voz a través del altavoz mientras la información se transmitía—. Todo correcto. ¿Motivo de la visita?

—Negocios, control. Tenemos un cargamento esperando. Solicitamos aterrizaje en el espaciopuerto Flover.

—Entendido, Estrella Oscura. Permiso concedido. Le envío el rumbo y la dársena asignada para el aterrizaje. Realizaremos una inspección de la nave a la entrada y a la salida. Preparen todos los documentos necesarios. Buen vuelo.

—Gracias, control —respondió Vhan, cerrando la comunicación y ajustando el rumbo según las coordenadas recibidas. Al aumentar la potencia de la nave, se volvió hacia su compañero—. ¿Ves? Ha sido fácil.

—Esa siempre es la parte fácil. ¿Qué haremos cuando revisen la nave? Tenemos algunos productos ilegales aquí dentro, sin contar el cargamento que debemos transportar.

—Te olvidas de algo muy importante, Tidux.

—¿De qué?

—Ahora estamos trabajando para Bax, el verdadero señor de este sector. ¿Crees que no tiene comprados a todos los equipos aduaneros de la zona? —Preguntó divertido, observando la expresión impasible de su compañero robótico y los ojos artificiales que ahora lo analizaban con una curiosidad programada.

—No lo había pensado. Mis disculpas.

—No hay nada que disculpar. Como digo, esto debería ser

sencillo.

Con esa idea en mente, Vhan empujó los mandos e inició el descenso. La Estrella Oscura penetró las capas superiores de la atmósfera. Las lecturas en los monitores se dispararon cuando el recubrimiento cerámico comenzó a calentarse. Pronto, las primeras llamas lamieron el morro de la nave, envolviéndola en un resplandor abrasador que iluminaba la cabina. El casco vibraba intensamente mientras dejaban atrás la negrura del espacio y entraban en un torbellino de partículas y gases en suspensión. La visibilidad fuera de la nave se redujo a cero en cuestión de segundos, reemplazado por una densa bruma de polvo, cenizas y fragmento de materia flotante que hacía que maniobrar fuera una pesadilla.

Vhan sentía la tensión en los controles, como si la Estrella Oscura estuviera batallando por cada ühn que recorrían. "*Es como atravesar la nube de un volcán en erupción*" pensó, apretando los dientes al tiempo que cambiaba a navegación instrumental, sabiendo que fiarse de sus ojos en esas condiciones podía ser una trampa mortal.

Finalmente, tras una eternidad de sacudidas y alarmas, la densa nube comenzó a disiparse, revelando un cielo gris plomizo. Vhan exhaló lentamente al ver, por primera vez, la vasta ciudad industrial que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Colosales fábricas dominaban el paisaje, sus chimeneas interminables expulsaban torrentes de humo que se fusionaban con la nube perpetua que acababan de atravesar.

En las áreas interiores se encontraban las áreas residenciales

y, en el centro de todo, la zona de gobierno, con edificios de un estilo más moderno que rompía la monotonía industrial.

El radar mostraba el caos en el que estaba sumido el espaciopuerto Flover. Transportes pesados, cargados con productos manufacturados o recién extraídos, junto con cientos de naves de todo tipo, se movían frenéticamente, ascendiendo y descendiendo mientras técnicos y trabajadores recorrían el lugar, ofreciendo un sinfín de servicios y asegurándose que todo funcionara sin contratiempos.

Vhan maniobró con cautela entre aquel bullicio, siguiendo el rumbo marcado en su pantalla holográfica. Finalmente, llegó a la dársena asignada. Redujo la velocidad y posó la nave con delicadeza. El motor se apagó lentamente y el silencio se instaló en la cabina. Antes de que pudiera desabrocharse el cinturón, los sensores exteriores de la nave le informaron que dos agentes de aduanas ya esperaban para realizar la inspección.

—Vaya, sí que son rápidos —comentó, impresionado por la eficiencia del personal—. Supongo que es hora de abrirles.

Vhan abrió la compuerta, dejando que un atmosfera densa y cargada se colara en el interior. Tosió al sentir aquel aire invadir sus fosas nasales. Mientras se recuperaba, los dos agentes aduaneros subieron a través de la rampa de carga. Vestían uniformes del espaciopuerto y máscaras que les cubrían nariz y boca, esenciales para respirar en el exterior.

—Primera vez en Glexer, ¿verdad? —Preguntó uno de ellos mientras se colocaba junto al humano y señalaba su máscara—.

Le recomiendo no salir sin una de estas, o pronto sentirá sus pulmones endurecerse como piedra.

—Lo tendré en cuenta —respondió el humano, intentando mitigar la tos—. Gracias por el consejo.

—Viene por negocios, ¿cierto? —Preguntó el agente, revisando la tableta que tenía entre las manos.

—Así es. Tengo un cargamento que debo recoger aquí, a nombre de Alres Arteans—respondió Vhan, utilizando el nombre en clave que le habían proporcionado en el carguero de Bax para situaciones como aquella. Al mencionarlo, notó cómo los dos agentes se miraban brevemente antes de que uno asintiera y el que había hablado anotara algo en su terminal.

—Perfecto, no veo ningún problema en su cargamento. Prosiga, pero tenga cuidado en la ciudad. No me gustaría tener que dar explicaciones a mis superiores por culpa de algún tipo de incidente.

—Descuide, tendré cuidado.

—No olvide la máscara. Que tenga un buen día —dijo el agente mientras ambos salían de la nave.

—¿Ya está? —Preguntó Tidux a través del comunicador, habiendo observado todo a través de las cámaras.

—Te lo dije, ahora mismo jugamos en otra liga —completó Vhan, sonriendo hacia la cámara de la zona de carga—. No tenemos tiempo que perder. Tomaré mis cosas y me dirigiré al taller. Cuanto antes contacte con el personal de la entrega, mejor.

—¿Otra vez me toca cuidar de la nave? —Preguntó Tidux con un tono que, a pesar de ser artificial, sonaba a tristeza.

—Es lo mejor. Haz espacio en la bodega para lo que traigamos y mantente atento al comunicador. Te iré informando.

—Recibido.

——※ · ※ · ※——

Vhan consultó el mapa en su muñequera digital; estaba cerca de su destino. Respiró profundamente, intentando despejarse. A pesar de haber seguido las recomendaciones de los agentes de aduanas y ponerse una máscara de exploración espacial para filtrar el aire, este seguía siendo denso, con un sabor ácido y metálico.

Terfar no solo era sucia y deprimente por su aspecto industrial y funcional, si no también por el desgaste evidente en cada rincón. Todo parecía corroído y oxidado por la climatología hostil del planeta. Los ciudadanos, con sus rostros marcados por la fatiga y sus ropas deslucidas, completaban la imagen de la desolación en la que parecía estar sumida la ciudad. "*Con lo bien que estaba yo hace unos días*" pensó Vhan, recordando el gigantesco bosque en el que habían aterrizado y el aire puro que había estado respirando durante su estancia en aquel hermoso planeta. Un lugar que ahora parecía extremadamente distante.

Con aquel paraíso aún en mente, Vhan giró en una esquina y se encontró con una calle estrecha repleta de talleres y viviendas. Al fondo, un pequeño taller viejo y destartalado, con un logotipo casi borrado y un sinfín de piezas antiguas y oxidadas tiradas por el suelo le dio la bienvenida.

—Tidux, creo que he llegado —informó a través del comuni-

cador.

—¿Crees? ¿Qué quieres decir?

—Este lugar no parece digno de Bax. Ni siquiera yo me atrevería a comprar aquí. Pero es la dirección que tengo.

—Si es la dirección que él te dio, debe serlo. Así que adelante.

Vhan se acercó al portal y, para su sorpresa, este no se abrió automáticamente. Examinó el marco en busca de un dispositivo de apertura, pero no encontró ninguno. Antes de que pudiera decidir qué hacer, una voz resonó a su alrededor.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —Vhan localizó rápidamente el origen de la voz: un pequeño altavoz en la parte superior de la compuerta, junto a una cámara que lo observaba atentamente.

—Soy Vhan Stalix, vengo a por unas piezas.

—Lo siento, no vendemos piezas al por menor —respondió la voz con frialdad—. Y menos a gente como tú.

—Las piezas no son para mí —indicó Vhan, ignorando el comentario despectivo, de sobra ya conocido—. Vengo en nombre del señor Balef Xhelm, ¿te suena? —Aquel nombre en clave pareció causar el efecto deseado; la voz titubeó.

—¿En nombre del señor Balef? —La incredulidad era palpable.

—Así es, ¿tienes el pedido preparado? —Preguntó Vhan, tomando las riendas de la conversación y hablando con contundencia.

—Ahora mismo te abro. Entra, por favor.

El portal del taller se abrió con un chirrido metálico, invitándole a pasar. Vhan estuvo a punto de quitarse la máscara, pero se detuvo en seco al ver el estado del interior. El taller era un caos de desorden y decadencia peor de lo que había anticipado. Estanterías oxidadas se amontonaban unas sobre otras repletas de componentes electrónicos obsoletos, todo tipo de piezas antiguas de naves ya descatalogadas y cables enredados que colgaban como raíces muertas desde los bordes. A su alrededor, piezas de chatarra y partes de motores desgastados yacían dispersas por el suelo, acumulando polvo bajo una tenue iluminación amarillenta que apenas lograba atravesar la nube de partículas en el aire.

Todo parecía fuera de lugar, y los precios, indicados en etiquetas amarillentas pegadas con cinta, eran ridículamente altos. Nada tenía sentido. Mientras avanzaba hacia el mostrador, esquivando pequeños montones de metal y herramientas abandonadas, un viejo paltar lo observaba con una mezcla de curiosidad y desconfianza. El comerciante, un ser encorvado y de piel pálida que apenas se sostenía sobre sus delgadas piernas, parecía frágil, como si un simple golpe de aire pudiera desmoronarlo. Sin embargo, sus ojos, pequeños y oscuros, brillaban con una energía inesperada, escudriñando cada movimiento de Vhan con una agudeza calculadora.

—No esperaba a un humano. ¿Dónde está Madulmer?

—Lo siento, no conozco a nadie con ese nombre. Sólo soy un mensajero. Me han pedido que recoja el encargo y por eso estoy aquí —explicó el mercenario, encogiéndose de hombros mientras el paltar intentaba juzgar si mentía—. Si lo prefieres, con-

tacta con quien tú y yo sabemos y comprueba si soy de fiar.

—No, no será necesario —respondió el comerciante, visiblemente nervioso, haciendo un aspaviento con las manos—. Será mejor que hablemos de los negocios en mi tienda.

—¿Tu tienda? —Preguntó Vhan, desconcertado, observando a su alrededor.

El paltar hizo un movimiento extraño bajo el mostrador y un chasquido resonó en una de las paredes, revelando una compuerta oculta que daba acceso a una escalera. Sin mirar atrás, aquel comerciante empezó a descender lentamente.

Vhan se apresuró a seguirlo. A medida que descendía, el aire enrarecido del piso superior desparecía, transformándose en uno más limpio, con un ligero aroma a máquina bien engrasada. Al llegar al nivel inferior, Vhan se encontró rodeado por el brillo del metal pulido.

El contraste con la otra tienda era abrumador: paredes limpias, estanterías ordenadas con piezas de alta calidad, estaciones de trabajo con maquinaria de primera categoría y una decena de operarios que trabajaban sin descanso.

Observando más de cerca, Vhan reconoció piezas y equipos: estaba en una fábrica de armas clandestina.

—Esta es la mercancía que has venido a buscar —anunció el paltar lentamente, permitiendo que el mercenario apreciara el lugar.—. Habíamos prometido tener todo el encargo terminado y listo para que te lo llevaras, pero tuvimos un retraso en la entrega de algunos materiales. Necesito que me dejes un poco de tiempo para terminarlo, eso nos evitaría muchos problemas...

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —Preguntó Vhan, observando cómo las armas y explosivos se movían rápidamente de una estación a otra.

—Unas dos horas, tres como mucho. ¿Tienes la nave en Flover?

—Sí, en la dársena AXG745.

—Dame el tiempo que te pido. Dejaré el encargo completado y te lo llevaré personalmente a la nave.

Vhan se cruzó de brazos, observando de reojo su muñequera y dejando que los segundos pasaran lentamente, viendo cómo el paltar tragaba saliva, nervioso por la reacción del mercenario y pendiente de lo que iba a decir. Finalmente, habló, y su voz cortó como un cuchillo.

—Tengo un horario ajustado para la entrega, y cualquier retraso me pone en una posición muy peligrosa. ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

—Ya lo sé, pero podrías disfrutar de los... encantos de este lugar. Aunque no hay mucho que ver, solo fábricas y talleres. Quizás algún bar o prostíbulo decente.

—Esto podría complicarme las cosas —repitió Vhan, haciendo ver que aún dudaba al respecto a pesar de que ya había tomado la decisión de concederle aquel tiempo y evitarse él mismo problemas al no entregar toda la carga que se había solicitado—. Aunque... puedo concederte ese tiempo, pero necesitaré algo a cambio. ¿Hay alguna bebida decente por aquí?

—¡Es lo único que tenemos! —Exclamó el paltar con una carcajada nerviosa, aliviado—. Los alambiques de este planeta

son famosos. Si me das este tiempo, te invito a la primera ronda. Solo te pido que no le cuentes a nuestro conocido sobre el retraso.

—Una ronda no será suficiente —dijo Vhan con frialdad—. Me deberás un favor. Y te aseguro que lo cobraré en su debido momento. ¿Está claro?

—Perfectamente —asintió el comerciante con severidad, consciente de que su petición acaba de convertirse en un nuevo trato, algo de sobra conocido dentro de aquel mundo.

—Entonces, si alguien pregunta, diré que las aduanas se pusieron difíciles y que no había dársenas disponibles para aterrizar.

—Muchas gracias —dijo el paltar, rebuscando en su bolsillo y entregándole una tarjeta del taller—. Entrégasela a cualquier camarero de la zona y dile que vienes de mi parte. No necesitarás nada más. Antes de irte, dame tu contacto. Cuando tenga todo listo te avisaré.

—Entendido —respondió Vhan, tomando la tarjeta y mostrándole el código de contacto de su muñequera—. Te doy dos horas, no más.

——※ · ※ · ※——

Tras informar a su compañero robótico de las novedades de la entrega, Vhan cerró la comunicación y se dirigió a la cantina que tenía frente a él. El lugar, viejo y destartalado, evocaba el mismo aire de decadencia que el taller del que acababa de salir. Tal y como había acordado con Tidux, esperaría allí hasta que

todo estuviera listo para luego ir directo a la dársena y cargar la mercancía.

A pesar de sus explicaciones, el robot le había recordado el poco tiempo que disponían para terminar el trabajo y realizar la entrega. "*A veces es un grano en el culo*" pensó el mercenario mientras empujaba la puerta de la cantina, que chirrió, alertando a todos de su llegada.

El bar, cubierto por una fina capa de polvo, parecía un museo de tiempos mejores. La decoración, antigua y descuidada, mostraba vestigios de una época en la que la ciudad había sido próspera, cuando aún era nueva y reluciente. Los muebles, de metal abollado y sillas de respaldo curvado, parecían sacados de otro siglo. Las luces amarillentas apenas conseguían iluminar el ambiente, creando sombras que ocultaban las grietas en las paredes y los techos llenos de humedad.

Los parroquianos, figuras silenciosas y encorvadas por los años, le lanzaron miradas furtivas. Todos tenían en común la piel cenicienta por el polvo que flotaba en el aire, la misma suciedad que lo impregnaba todo, desde los vasos opacos hasta los viejos hologramas que adornaban las paredes. Vhan percibió la sorpresa en sus ojos; no era común ver a un humano en el planeta, y mucho menos en un lugar tan olvidado como ese. Aun así, decidió entrar. Se quitó la máscara, dejando que el hedor de bebida rancia y comida recalentada invadiera sus fosas nasales, recordándole bruscamente que aún no había comido nada. Se acercó a la barra con pasos lentos, notando cómo el suelo, recubierto de baldosas ennegrecidas y desgastadas por miles de botas, estaba pegajoso y claramente necesitado de una buena lim-

pieza. Observó al camarero, un paltar rechoncho de mediana edad, cuyos ojos le estudiaban con desconfianza. Al igual que el resto del bar, el camarero parecía ser parte del mobiliario, cubierto por una capa de polvo que no parecía molestarle en lo más mínimo.

—¿Qué desea? —Preguntó el camarero con un tono formal pero cargado de un evidente desdén, molesto quizá por la presencia de un humano en su local o, simplemente, por tener que atender a un nuevo cliente.

—Me han dicho que tenéis un buen surtido de bebidas locales —respondió Vhan, ignorando el tono y extendiendo la tarjeta que le habían dado en el taller. Al verla, el semblante del camarero cambió por completo, y una sonrisa serpenteó en su rostro.

—Sí, tenemos un buen surtido. Seguro que encontrará algo de su agrado —indicó este con un entusiasmo repentino.

—¿Qué me recomiendas probar? El del taller me ha dicho que tenéis unos alambiques de primera calidad.

—Así es, nuestras bebidas se destilan aquí mismo, en el piso inferior. Lo mejor será que pruebe el blorn, es nuestra especialidad —explicó el camarero, animado mientras se movía detrás de la barra. Sacó una botella de cristal rosado, que brillaba tenuemente bajo las luces mortecinas. Vertió el líquido, de aquel mismo color, en un vaso opaco y lo empujó hacia el mercenario con una leve inclinación de cabeza—. Adelante, pruébelo.

Vhan lo tomó y lo olió. El aroma era intenso, una mezcla de algo afrutado con un trasfondo extraño que no consiguió identificar. Saludó al camarero con el vaso y lo vació de un trago. El

potente elixir descendió con violencia, quemándole la garganta como fuego líquido que se extendió hasta el estómago. Tosió bruscamente, tratando de controlar el ardor, mientras las carcajadas de los parroquianos llenaban el lugar.

—¿Está bueno? —Preguntó el camarero, claramente divertido.

—No está mal —consiguió decir Vhan a media voz, forzando una sonrisa mientras trataba de recuperar la compostura. Al verlo, el paltar asintió, complacido—. Ya veo que lo que hacéis aquí vale la pena. —Dejó el vaso sobre la barra con un golpe suave—. ¿No venderás parte de tu mercancía? Quiero una botella para mí. Y tengo algunos clientes que estoy seguro estarían interesados en probar tus productos.

—Siempre estoy dispuesto a hablar de negocios —dijo este con una sonrisa, sirviéndole otra copa.

——※ · ※ · ※——

Vhan salió de la cantina tambaleándose, despidiéndose con un gesto casual de los parroquianos que había logrado conquistar en las dos horas que había pasado allí dentro. Al principio se habían mantenido reservados, distantes, pero pronto se relajaron y se habían unido a las conversaciones. Hablaron sobre el planeta y la vida local, compartiendo historias y detalles sobre los negocios de la zona, muchos de ellos relacionados con Bax y los suyos; mostrándole una vez más el poder que tenía aquel paltar y el control que era capaz de ejercer sobre los mundos del sector Myrnix. A pesar de los efectos del alcohol, Vhan anotó mental-

mente toda la información, buscando nuevos y lucrativos trabajos para un futuro.

Agarró con firmeza la botella de blorn que había comprado al camarero y emprendió el camino hacia el taller. La llamada del viejo comerciante seguía resonando en su mente: la última remesa de armamento estaba completa y lista para la entrega. Por eso, para supervisar la carga y evitar más retrasos o complicaciones, Vhan le había dicho que iría de nuevo al taller y los acompañaría en el transporte hasta el hangar.

Mientras avanzaba por las calles polvorientas de Terfar, sus pensamientos se centraron en las armas que estaba a punto de transportar. Pero algo lo hizo detenerse. Un instinto arraigado, perfeccionado por años de experiencia, le advirtió que algo no andaba bien. Su mirada se agudizó, y, sin moverse demasiado, notó a una figura caminando a unos veinte pasos detrás de él. Las ropas oscuras del individuo contrastaban con las vestimentas típicas del lugar, encendiendo una alarma en su mente.

—Tidux, soy yo —murmuró el mercenario, alzando su muñequera digital para contactar con su nave—. ¿Has notado algo raro en el hangar?

—¿Define raro? ¿A qué te refieres?

—Creo que alguien me está siguiendo. No estoy seguro aún, pero me da mala espina. ¿Has visto algo inusual alrededor de la nave?

—Negativo. Por aquí todo está despejado.

—Mantente alerta. Estoy yendo a por la mercancía, así que prepara la nave para nuestra llegada.

—Entendido, jefe. Quedo a la espera.

Vhan bajó el brazo y miró discretamente por encima del hombro. La figura seguía acercándose, manteniendo una distancia constante. Sin pensarlo dos veces, giró bruscamente en una esquina y corrió con todas sus fuerzas hasta encontrar un portal sumido en la penumbra. Se deslizó entre las sombras y contuvo el aliento. El corazón le latía con fuerza y el alcohol que hasta hacía un momento le había nublado la mente, se había disipado por completo. En silencio, desabrochó las sujeciones de su arma, preparándose para el enfrentamiento.

Los pasos del desconocido resonaban en la calle desierta, acercándose cada vez más. Finalmente, la figura se detuvo a pocos metros, junto al portal. Le bastó una mirada para captar los detalles: un paltar joven, fornido, y, para su desgracia, armado. Por un instante, sus miradas se cruzaron. Este, sorprendido, intentó sacar su arma, pero Vhan fue más rápido. Se lanzó sobre él con una fuerza brutal, llevándolo al suelo. Los golpes y los gritos rompieron el silencio de la calle.

Vhan respiró con dificultad mientras levantaba la mirada, asegurándose de que no hubiera testigos. El paltar yacía inconsciente a sus pies. "*¿Será un cazador de humanos?*" se preguntó. Aunque los humanos estaban protegidos por las leyes del Gobierno Galáctico, el mercado negro seguía siendo una amenaza constante, especialmente ahora que el Cuerpo de Protección había desaparecido, dejando a sus compatriotas más vulnerables que nunca.

Revisó rápidamente al paltar, buscando alguna pista sobre su

identidad o sus motivos. Nada. De repente, el comunicador de aquel ser restalló, y una voz surgió en el callejón vacío:

—Dlasel, informa, ¿dónde está nuestro objetivo?

Vhan sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago; aquel ser no estaba solo, otros lo acompañaban y pronto se pondrían en alerta al ver que su compañero no respondía. "*Debo salir de aquí ya*" se dijo, levantándose con rapidez. Miró una vez más al paltar tendido en el suelo. Su mano se posó involuntariamente sobre la empuñadura de su arma, dudando. *"¿Debería eliminarlo?"* Rechazó la idea, abrochó las sujeciones de su arma y se dirigió hacia el taller, donde le esperaban.

No tardó mucho en atravesar la puerta del local. El mecánico lo recibió con una sonrisa que se desvaneció al ver la expresión seria de Vhan.

—¿Qué sucede?

—Tenemos compañía. Alguien me seguía desde que salí de la cantina. Lo he dejado fuera de combate, pero tenía amigos.

—Entonces debemos apresurarnos. Debes salir del planeta cuanto antes. Ya casi hemos terminado de cargar el transporte.

—De acuerdo, pongámonos en marcha antes de que esto se complique aún más —dijo Vhan, pasándose una mano por el rostro y descubriendo una mancha de sangre, recordatorio de la reciente pelea.

4. Fuego cruzado

El anciano mercader encendió el motor del transporte y salieron hacia el espaciopuerto. Al mismo tiempo, las luces de la ciudad despertaron de nuevo, marcando el fin de la jornada de trabajo y el inicio de la vida nocturna. Los anuncios de bares y locales de alterne se hacían presentes en cada calle por la que se deslizaban a toda velocidad. A pesar de todos aquellos estímulos, Vhan mantenía una vigilancia constante desde su asiento, con una mano firme sobre la empuñadura de su arma, atento a cualquier posible amenaza.

A su lado, los dos trabajadores que acompañaban al mercader estaban tensos, su respiración entrecortada, la mirada errática y sus manos temblorosas mostraban la gravedad de la situación en la que se encontraban.

—¿No podemos elevarnos? —Preguntó Vhan, observando los vehículos que surcaban el cielo, desplazándose con agilidad sobre las calles congestionadas.

—No, por la mierda de normativa que pusieron sólo podemos circular por tierra —respondió el comerciante, negando con la cabeza y soltando una maldición entre dientes—. Cómo lo intentemos la policía nos interceptará en menos de dos minutos, te lo digo por experiencia.

Vhan asintió con resignación, sabiendo que avanzar por las calles les tomaría más tiempo y aumentaba las oportunidades de una emboscada. Con cada minuto que pasaba, la tensión en el

aire parecía espesarse, como si la ciudad misma estuviera conteniendo la respiración. Vhan imaginaba a sus enemigos ocultos en cada esquina, esperándolos, y a cada vehículo que pasaba como una posible amenaza.

Sin embargo, para su sorpresa y alivio, llegaron al espaciopuerto sin contratiempos. El vehículo se deslizó con suavidad hacia la entrada del control, alineándose con las señales de tránsito que les guiaban hacia el área de inspección, donde los agentes iban a verificar la carga y sus permisos.

—Tranquilo, muchacho. Esto no es nada —indicó el mercader al ver el rostro plagado de preocupación de Vhan—. De este me encargo yo.

—¿Qué traes esta vez, Fuendar? —Preguntó el agente de la caseta cuando se pararon junto a él, mirando al mercader, que ahora le sonreía con descaro.

—Lo de siempre, ya sabes, un poco de esto y un poco de aquello —respondió el anciano con lentitud, dejando que las palabras calaran en el agente—. Ya sabes, cuando el jefe manda, uno obedece.

—Entiendo... ¿Destino?

—Dársena AXG745. Si necesitas algo más, aquí tienes al piloto —indicó, señalando a Vhan.

—No, está bien. Yo me encargo de los papeles. Tened cuidado y procurad no llamar la atención.

—Tranquilo, seremos sigilosos —replicó Fuendar, asintiendo antes de pisar el acelerador y atravesar la entrada. Cuando terminaron de pasar, este pudo oír el fuerte suspiro de alivio procedente de Vhan—. Estaba todo calculado. No hay ningún pro-

blema con estos. No por nada a Bax se le llama el Gobernador entre las sombras.

El transporte avanzó con rapidez entre las diferentes naves que había a lo largo del espaciopuerto, ahora mucho más vacío y tranquilo que en el momento en el que habían llegado. Las luces de neón iluminaban gran parte del lugar, ayudando a los técnicos y trabajadores del turno de noche a realizar su trabajo mientras las torres de control destacaban contra aquella nube perpetua de ceniza y suciedad.

Las luces de los faros iluminaron la Estrella Oscura. A pesar de que Vhan conocía perfectamente su estado y los daños que poseía, la fría luz del vehículo pareció rejuvenecerla, recordándole el momento en que la vio por primera vez y supo que debía conseguirla. Pero cuando el vehículo maniobró, aquella imagen se desvaneció como un espejismo, dejándole una punzada de dolor atravesar su pecho al contemplar la realidad que tenía delante. Sentía una mezcla de nostalgia y frustración. Había sido su hogar, su refugio y representaba su libertad; pero también sus fracasos. Cada rasguño, cada abolladura, cada desperfecto contaba una historia de tiempos mejores que ya no volverían.

Con un chirrido, el transporte frenó, despertando al mercenario de su ensueño y mostrándole que ya habían aparcado, quedando perfectamente alineados con la compuerta de carga. En un instante todos bajaron, preparándose para la descarga.

—Tidux, abre la compuerta de carga. Tendremos que trabajar rápido —ordenó Vhan.

—Recibido. Abriendo compuerta —anunció el robot. Un

chasquido resonó en el aire mientras la rampa descendía, revelando la zona de carga casi vacía, lista para recibir el nuevo cargamento.

—¡Poneos a trabajar! —Gritó Fuendar a sus dos trabajadores, que tomaron la primera caja y la transportaron hacia el interior de la nave.

—Baja tú también y ayúdales —pidió Vhan a través del comunicador.

—Recibido —respondió el robot, descendiendo con pasos firmes. Los cargadores se detuvieron un instante, observando a aquel ser de metal con una mezcla de curiosidad y temor.

—¿Tienes un robot? —Preguntó el anciano, acercándose a Vhan con evidente preocupación en su voz.

—Sí, un modelo de carga. Lo compré hace unos años en un desguace. A veces tiene problemas en comprender mis órdenes o lo que tiene que hacer, pero es de bastante utilidad cuando se trata de mover o cargar material —mintió el mercenario, viendo cómo el comerciante se calmaba un poco al entender que se trataba de un equipo de mala calidad. "*Es impresionante cómo se les ha inculcado el miedo a la Época Oscura. No titubea en lo más mínimo en entregar un cargamento de armas ilegales, pero sí al ver a un robot. Menos mal que no sabe lo que es Tidux realmente, si no, ellos mismos nos delatarían*" pensó para sí mientras veía cómo su compañero de metal cargaba una de las cajas con extrema facilidad y la transportaba con rapidez a la Estrella Oscura—. Pensaba que en un planeta industrial como el vuestro serían bastante comunes.

—No es tan habitual como puedas pensar. Las regulaciones

siguen siendo estrictas, incluso en los sistemas de producción. Ni las grandes empresas que hay aquí tienen más del cinco o el diez por ciento de robots en su personal.

—Qué curioso, pensé que en un planeta como este sería distinto...

La Época Oscura había dejado cicatrices profundas en la psique colectiva. La lucha contra los robots que se autodenominaron los Elegidos obligó a que muchas civilizaciones sacrificaran sus planetas y su propio pasado para sobrevivir. Pero el coste fue aún mayor: aquellos que lograron salir adelante llevaban consigo un legado de miedo, un eco persistente de las batallas que libraron y un recuerdo constante de que la tecnología podía ser tanto un aliado poderoso como un enemigo letal. Uno capaz de desatar el caos y estar a punto de destruir todo Theia.

Fue entonces cuando notó un movimiento inusual por el rabillo del ojo. Instintivamente sacó su arma y gritó para alertar a los demás, pero ya era tarde. Un disparo resonó en el aire, impactando contra uno de los trabajadores, derribándolo junto con la caja que llevaba, que se rompió al golpear el suelo.

El resto se cubrió detrás del vehículo mientras los disparos resonaban a su alrededor e iluminaban la dársena. Vhan se giró hacia el otro cargador, que ahora se encontraba junto a él, temblando de miedo.

—¿Cuántas cajas faltan? —Preguntó a voz en grito para hacerse oír sobre el estruendo.

—Tres... Cuatro, cuatro o cinco —respondió con dificultad, aterrorizado.

—Tidux, encárgate del resto de la mercancía. Yo te cubriré.

—Recibido —respondió, saliendo de su cobertura sin miedo alguno, apartando con rapidez al muerto y recogiendo la caja caída.

Vhan se movió con agilidad, buscando un buen ángulo desde el cual observar a sus atacantes. Identificó a seis paltar armados que avanzaban con rapidez, tomando posiciones mientras intentaban rodearlos. Entre ellos, reconoció al que lo había perseguido desde la cantina, disparando erráticamente, su ojo hinchado y casi cerrado por los golpes que Vhan le había dado. "*Esta vez no puedo perdonarte*" pensó el mercenario, apuntando con precisión y apretando el gatillo. Los gritos de sus compañeros resonaron en el lugar, confirmándole lo que ya sabía: lo había derribado.

Un sonido inesperado de un arma diferente a su lado lo hizo girarse con nerviosismo. Fuendar, con una pistola tan antigua como él mismo, arremetía con decisión contra quienes intentaban acabar con ellos. El mercenario no pudo evitar esbozar una sonrisa antes de volver a centrarse en frenar el avance enemigo.

Los disparos certeros de Vhan ralentizaron a los atacantes, dándoles un breve respiro. Apenas habían pasado unos cinco minutos desde el inicio del enfrentamiento cuando las sirenas de la policía comenzaron a resonar en la lejanía. El espaciopuerto no había tardado en reaccionar, enviando tropas para restaurar de nuevo el orden y acabar con quienes habían desatado el caos. Una nave descendió velozmente detrás de las líneas de los pal-

tar, flanqueándolos y obligándolos a dividir su atención. Vhan aprovechó la confusión, derribando a otro enemigo.

—Todo está cargado —anunció Tidux.

—Muy bien, ve preparando la nave para el despegue —respondió este al tiempo que se volvía hacia el anciano, que seguía disparando con precisión, disfrutando del caos a su alrededor. Este le devolvió la mirada.

—No te preocupes por mí, vete ya. Nosotros aprovecharemos el caos para escapar.

—Entendido, tened cuidado —dijo Vhan, observando cómo el anciano daba nuevas instrucciones al joven que le acompañaba, preparándose para huir.

Vhan disparó una última vez, obligando a sus enemigos a cubrirse y aprovechando aquel breve instante para lanzarse al interior de su nave. Corrió por la rampa y presionó el botón de cierre mientras seguía vaciando su arma. Cuando la rampa estuvo completamente cerrada y sellada, atravesó la nave hasta alcanzar la cabina, donde su compañero le esperaba.

—¿Dejamos a los otros aquí?

—Estarán bien sin nosotros —replicó Vhan, comprobando en las cámaras exteriores cómo sus camaradas se subían al vehículo y la policía cercaba aún más a los atacantes—. Debemos salir de aquí, ¡ya!

El mercenario continuó la secuencia de lanzamiento desde el punto en el que la había dejado Tidux y tiró de los mandos, haciendo rugir el motor mientras la Estrella Oscura se elevaba rá-

pidamente. Los disparos rebotaban en el casco con sonidos huecos mientras las comunicaciones estallaban con órdenes del control del espaciopuerto; exigiendo que aterrizara de nuevo para una inspección y explicación de lo ocurrido. Pero Vhan ignoró las demandas, moviendo las palancas con determinación y estableciendo rumbo para abandonar al planeta; alejándose de las amenazas del espaciopuerto, que rápidamente se tornaba más pequeño.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era esa gente? —Preguntó Tidux al ver cómo su compañero respiraba aliviado tras atravesar las últimas capas de la atmosfera.

—No estoy seguro. No pueden ser tratantes de esclavos. Nos han atacado directamente. ¿Cazadores de humanos? Podría ser... O puede que fueran a por el cargamento. Pero si lo sabían... —comentó Vhan en voz alta, pensando en aquella posibilidad y lo que implicaba—. Si lo sabían es que alguien ha hablado más de la cuenta.

—¿Quién?

—No lo sé, pero no quiero volver ahí abajo para averiguarlo —dijo este dejando aflorar una sonrisa al tiempo que activaba el ordenador de salto e insertaba las coordenadas a las que debían viajar ahora—. ¿Estamos listos?

—¿Crees que nos estarán esperando al otro lado? —Preguntó Tidux, poniendo voz a sus propios pensamientos.

—Espero que no...

Vhan tiró de la palanca, generando la nube de salto que engulló a la Estrella Oscura y la catapultó a través del hiperespacio a

velocidades muy superiores a la de la luz. Verificó los datos y lecturas para asegurarse de que todo estaba en orden. Tenían tres horas de viaje hasta su destino.

Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que, con todo lo ocurrido, aún no se había quitado la máscara. Con un rápido movimiento la retiró, dejando que el aire reciclado, familiar, y de sobra conocido, inundara sus fosas nasales. No pudo evitar sonreír al sentirse de nuevo en casa. Al mismo tiempo pudo notar el fuerte hedor a humo, productos químicos y maquinaria impregnaba su piel y sus ropas.

—Voy a darme una ducha para quitarme este maldito olor —anunció, levantándose de su asiento—. Cuando estemos cerca, avísame.

—Recibido —respondió Tidux, asintiendo y volviendo su atención a la visión distorsionada del hiperespacio que se generaba frente a ellos, mientras escuchaba a su compañero alejarse.

—¡Mierda! —Exclamó Vhan, llevándose una mano a la cabeza y consiguiendo que el robot se volviera de nuevo hacia él, preocupado ante aquel grito—. Me he dejado la botella de blorn que había comprado en el asiento del transporte... Había pagado un buen dinero por ella. Ahora será el viejo el que se la beberá.

5. Sombras de batallas pasadas

Vhan había terminado de ducharse y estaba en la cocina, recuperando fuerzas mientras revisaba los datos de la nave en el monitor auxiliar. Como habían comentado antes de iniciar aquella aventura, los sistemas de salto estaban al borde del fallo crítico. "*Con el dinero de este trabajo podremos cambiarlos*" pensó mientras daba otro mordisco a su comida. Pero pronto su mente se desvió hacia la carga que llevaban. "*¿A quién hay que entregarle todas esas armas?*" Curioso y con el pensamiento aún en la cabeza, se levantó y se dirigió hacia la bodega.

Desde el umbral contempló las cajas desperdigadas, algunas marcadas por las quemaduras de plasma del combate en el espaciopuerto, mostrando que aquel trabajo no había sido tan fácil como había pensado en un principio. El mercenario avanzó y abrió la que se había roto durante el enfrentamiento, descubriendo una veintena de pistolas que conocía demasiado bien.

Tomó una de ellas, sintiendo su peso mientras los recuerdos lo inundaban; recuperando la emoción que había sentido hacía casi treinta años, aquel primer día de instrucción en el Cuerpo de Protección, cuando le entregaron el uniforme y una igual que aquella. Revivió los primeros disparos y la diana que falló en la sala de prácticas, sonriendo al recordar su mala puntería inicial y cómo fue mejorando hasta convertirse en un tirador decente.

Pero los recuerdos no se detuvieron ahí. Rememoró su ascenso en el Cuerpo, la camaradería y las misiones que compartie-

ron. Nombres y rostros que hacía tiempo que no evocaba volvieron a su mente. "*¿Estarán vivos?*" La pregunta lo golpeó con fuerza. Tras sobrevivir a los atentados contra el Cuerpo y la cacería por parte del Gobierno Galáctico, había cortado todo lazo con esa vida. Sabía que muchos de los que volvieron a mostrarse fueron abatidos o capturados, usados como chivos expiatorios de un complot que el público apenas entendía. Vhan conocía bien la verdad, mucho más oscura que la historia oficial que destrozó no sólo sus vidas, si no también las posibilidades de futuro de toda una civilización.

Perdido en sus pensamientos, Vhan no notó cuando Tidux entró en la zona de carga. El robot esperó en silencio hasta que su compañero reparó en él, levantando la vista y secándose una lágrima que había escapado sin permiso.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada. Sólo recuerdos del pasado —respondió este, sonriendo, tratando de quitarle importancia—. ¿Qué pasa?

—Estamos a punto de llegar. Será mejor que subas.

—Voy —dijo, dejando el arma dentro de la caja y girándose hacia el robot—. Terminemos con esto.

Ya en la cabina, Vhan observó los segundos desvanecerse en el ordenador de salto. La Estrella Oscura emergió del hiperespacio, dejando atrás la nube púrpura para revelar un manto de estrellas. El radar mostró lo esperado: un sistema estelar joven, con una estrella lejana y una vasta nube de asteroides. Sin planetas habitables, sólo rocas y escombros.

—Con tantos asteroides, el radar está saturado. Tidux, pasa a

visión manual. Necesitamos encontrar la nave de intercambio. Podrían estar ya aquí, esperándonos —dijo mientras revisaba la hora. A pesar de la espera en el planeta para que Fuendar terminara de preparar las armas y del breve enfrentamiento, habían llegado puntuales.

—Recibido, activando sistemas —respondió el robot, conectándose al ordenador de la nave y accediendo a los sistemas. El mercenario sonrió por un momento al ver cómo las pantallas auxiliares se llenaban con las imágenes del exterior. Aquel era uno de los beneficios de tener un compañero como aquel.

Pasaron varios minutos en silencio, ambos atentos al entorno, escudriñando el espacio que les rodeaba en busca de la nave misteriosa. De pronto, los sensores se activaron, alertando de la aparición de una nueva señal de salto.

—Tenemos compañía, una nave tipo tres —anunció Tidux al tiempo que la imagen se desplegaba en las pantallas. Por el diseño parecía tratarse de una nave de cargamento—. ¿Serán ellos?

—Lo sabremos pronto. Nos están llamando —comentó el mercenario al ver la comunicación entrante. Activó la conexión, dejando que la voz de la nave desconocida llenara la cabina.

—Soy un viajero que busca a un amigo perdido. ¿Lo has visto?

—Los amigos perdidos siempre se encuentran, y en el camino se hacen nuevos —respondió Vhan, recitando la clave de operaciones, sintiéndose aliviado al saber que se trataba de la nave que estaban esperando.

—Habéis llegado puntuales —dijo la voz con sorpresa—. ¿Lo tenéis todo?

—Sí.

—Acercaos. Usaremos los pasillos de abordaje para el traspaso de la carga. Será mejor hacerlo lejos del campo de asteroides.

—Recibido, cambiando de rumbo —anunció Vhan, ajustando las palancas, alejándose de la densa colección de rocas y dirigiéndose hacia los recién llegados.

De pronto, el radar emitió un pitido, mostrando una señal fugaz e irregular oculta entre los asteroides. Pero antes de que pudieran investigarla, desapareció.

—¿Has visto eso Tidux?

—Sí, era una lectura extraña, ajena a los asteroides. Pero el radar la ha perdido de nuevo. Voy a revisar con los sistemas ópticos y térmicos.

—¿Nos habrán seguido? ¡Imposible! Estaban peleando con la policía y no había nadie cerca que pudiera detectar nuestro rumbo. A menos que... —Vhan tragó saliva, mirando con preocupación la nave de carga a la que se acercaban y el radar, que mostraba sólo puntos luminosos—. A menos que también supieran los datos y las coordenadas del encuentro.

—¡Lo tengo! —Exclamó Tidux, mostrando en la pantalla la imagen de un traje espacial de combate, encaramado a un asteroide. La escafandra brillaba con la tenue luz estelar y en sus manos portaba un arma de gran calibre.

—¡Mierda! ¡Tenemos compañía! —Gritó Vhan a través del

comunicador para advertir a la otra nave. Un fogonazo surgió del fusil y, antes de que pudiera reaccionar, la nave sufrió un fuerte impacto que resonó a lo largo de todo el casco. Al instante, todas las pantallas se tiñeron de rojo, inundadas de alarmas y errores—. ¿Qué coño ha sido eso?

—Un inhibidor de salto. Los sistemas están sobrecargados, el ordenador está inoperativo.

—¿Quién tiene armas así?

A modo de respuesta, los sensores volvieron a pitar, detectando varias estelas de plasma que emergían de la nube de asteroides.

—Tres... No. Cinco contactos, tipo dos —informó Tidux. Eran naves de combate pequeñas, pero bien armadas, con una capacidad máxima de tres tripulantes. En sus cascos, un blasón inconfundible: un brazo robótico de color rojo agarrando un planeta.

—¿La Garra Roja? ¿Qué hace aquí? —Murmuró Vhan, sabiendo que la respuesta descansaba en su bodega—. Olvida la entrega, hay que salir de aquí. Búscame una nueva localización para enviársela a estos.

—Ya la tienes en el ordenador.

—Estrella Oscura a nave de recogida, el sitio está comprometido. Nos han disparado un inhibidor de salto. Vamos a desactivarlo y nos reuniremos en las coordenadas que os envío. Si en dos horas no estamos ahí o aparece alguien que no sea yo, considerad la carga perdida.

—Recibido. Nos vemos ahí, no falléis —respondió la otra

nave, reposicionándose rápidamente.

—¿Y nosotros? —Preguntó Tidux al ver cómo la nube de salto envolvía la nave y desaparecía, dejando un vacío donde, hasta hacía un momento, habían estado.

—Lo que he dicho, tendremos que desactivar el inhibidor para poder saltar.

Antes de que el mercenario pudiera decir nada más, una nueva comunicación inundó el panel de control. Vhan la miró por un segundo, deslizando sus dedos sobre ella para permitir que una nueva voz se elevara en la cubierta.

—Nave de transporte, detén motores y entréganos la carga. Si lo haces, no serás destruido. Repito, entréganos la carga y no morirás.

—¿Cuánto tiempo necesitas para desactivar el inhibidor?

—No puedo hacerlo desde aquí, tengo que salir y desactivarlo —respondió Tidux con serenidad, como si aquello no supusiera peligro alguno—. Si salgo ahora seré un blanco fácil, necesitaríamos ganar un poco de espacio y despistarlos.

—Tengo una idea, aunque puede que no te guste...

—¡Rinde la nave inmediatamente! —Restalló de nuevo el altavoz.

—¿No quieres hacerles caso? —Preguntó el robot. Por su tono, Vhan casi pudo distinguir cierta diversión en su voz, pues ambos sabían cuál iba a ser la respuesta.

—Ya sabes lo poco que me gustan las amenazas —respondió el mercenario, una sonrisa de diversión afloró en su rostro al tiempo que daba potencia a los motores y giraba la palanca de

control para cambiar el rumbo en dirección a la nube de asteroides.

—¿Vas a meterte ahí dentro?

—Es la mejor manera para despistarlos —gruñó este, apretando los dientes mientras las alarmas resonaban con fuerza, mostrándole la cantidad de objetos peligrosos que ahora les rodeaban. Al mismo tiempo, los sensores mostraron cómo aquellas cinco naves iniciaban la persecución—. Con un poco de suerte, alguno de ellos se estampará contra los asteroides. —En aquel momento, un fragmento de roca golpeó el casco de la nave, provocando una nueva cascada de alarmas y daños—. Si no lo hacemos nosotros antes...

——※ · ※ · ※——

Los minutos se hacían eternos mientras Vhan concentraba todos sus sentidos en buscar un camino entre las rocas que no dejaban de moverse. Las manos, sudorosas, se aferraban fuertemente a las palancas de control, reaccionado de manera instintiva a los obstáculos que aparecían frente a él y a los disparos de sus perseguidores. Cada giro, cada inclinación, era una lucha por mantener la nave de una sola pieza mientras se movían a través del campo de asteroides. Cada pequeño impacto contra la Estrella Oscura hacía temblar toda la nave y Vhan apretaba aún más los mandos, pensando que ese podía ser su último instante.

—No podemos seguir así mucho más —gruñó entre dientes mientras las alarmas seguían retumbando en la cabina, advirtiendo del caos al que se estaban enfrentando.

Tidux, por su parte, había tomado el control de las torretas, disparando con intensidad contra sus enemigos y los asteroides cercanos en un intento de crear una barrera infranqueable. Pero sus esfuerzos parecían en vano. Las naves enemigas eran más pequeñas, más rápidas y, aunque sus pilotos no eran tan hábiles como Vhan, la diferencia de potencia entre ambos vehículos estaba inclinando la balanza en su contra. Pronto no habría escapatoria posible.

—No consigo acertarles, son demasiado rápidas. —La frustración en la voz metálica de Tidux era palpable.

—Pensaba que esto iba a ser suficiente... —murmuró Vhan, tirando de las palancas con fuerza para esquivar un nuevo ataque que pasó peligrosamente cerca del ala—. Necesitamos cambiar de táctica. Ve a la bodega y revisa el armamento. Prepara todos los rifles de fusión y explosivos que encuentres.

—¿Qué has pensado?

Vhan no respondió de inmediato. Se concentró en maniobrar entre dos asteroides que parecían estar a punto de colisionar. La nave se inclinó bruscamente, casi rozando las rocas, mientras el motor rugía, forzando a la Estrella Oscura al límite de su capacidad. Tras esa peligrosa maniobra, el piloto respiró hondo antes de completar su pensamiento.

—Algo que no le va a hacer mucha gracia a Bax...

A través de las pantallas, Vhan vio cómo Tidux se movía rápidamente por la bodega. A pesar de la facilidad con la que manipulaba las cajas y el equipamiento, cada segundo se hacía in-

terminable mientras él esquivaba a sus enemigos y el infierno de rocas que no paraban de aparecer a su alrededor. Poco después, comprobó lo que ya había sospechado: lo que había pedido representaba casi la mitad de la carga. Negó con la cabeza y suspiró con tristeza antes de abrir el canal interno de la nave.

—Tidux, sella la bodega y abre la compuerta. Vamos a lanzar todo lo que has separado al espacio.

—¿Quieres tirarlo?

—Sí, pero antes prepara los explosivos y sobrecarga los rifles para que exploten una vez esté fuera, cerca de los asteroides. Quiero provocar una reacción en cadena con las rocas y atrapar a esos cabrones dentro. Eso debería darnos suficiente tiempo para que salgas y puedas desactivar el inhibidor.

—La carga no es nuestra...

—¡Lo sé! ¡Y si no hacemos algo será de estos cabrones! No hay tiempo para discutir ¡Hazlo!

Tidux tomó el último rifle de fusión, manipulándolo con precisión. Sus dedos se movían con rapidez a lo largo del arma, ajustando los sistemas de alimentación del cañón y recalibrando los circuitos. Una luz roja parpadeó, bañando su rostro metálico con un brillo siniestro. Colocó el rifle en la caja junto al resto, todos sobrecargados y listos para estallar.

—Ya está todo preparado.

—Muy bien —respondió Vhan, los ojos fijos en las lecturas, mientras ajustaba la trayectoria—. Me acerré a los asteroides. Conéctate al ordenador y supervisa mi rumbo, lanza la carga en el momento justo.

—Conectándome al ordenador —Sus sensores se sincronizaron con el equipo central de la nave al tiempo que decenas de ventanas y elementos emergentes inundaban las pantallas auxiliares de la cabina—. Ajustando la dispersión de la carga, listo para lanzar.

Vhan tiró de los controles, moviendo la nave con precisión entre los asteroides mientras observaba en la pantalla cómo Tidux arrojaba la primera caja. El cargamento flotó durante unos segundos en el vacío, girando lentamente antes de estrellarse contra uno de los asteroides más pequeños, rebotando por la falta de gravedad.

—Primera carga en posición.

A partir de ese momento, Tidux comenzó a vaciar la bodega a toda velocidad, dispersando las cajas estratégicamente a lo largo del cinturón de asteroides mientras Vhan maniobraba con pericia a lo largo de aquel lugar, sabiendo que cada movimiento debía ser perfecto, sin margen para el error.

—Esta era la última. Diez segundos para la explosión —avisó el robot con tono frío y calculador. En las pantallas de la cabina de control apareció una cuenta atrás, sus números descendiendo con una lentitud que parecía eterna.

—Prepárate —gruñó Vhan, su mirada fija en la cuenta atrás—. Cuando exploten tendrás moverte rápido para quitar el inhibidor.

—Estoy listo —respondió Tidux, tomando un cinturón de herramientas y un sistema de sujeción para moverse con mayor

facilidad en el espacio exterior. Cada ajuste que realizaba era impecable, fruto de una programación meticulosa y una eficiencia mecánica inigualable.

La detonación iluminó el espacio a su alrededor, provocando una reacción en cadena que se propagó con rapidez a los asteroides cercanos. El radar mostró cómo las naves enemigas maniobraban desesperadamente para evitar los estallidos y caos en el que se había convertido el cinturón de asteroides. De pronto, dos de aquellos puntos desaparecieron. Vhan sonrió ante la pequeña victoria.

En ese mismo instante, Tidux salió disparado de la bodega, lanzándose al vacío sin miedo alguno. Al mismo tiempo, activó los sistemas de sujeción al casco y tiró de ellos. El cable reforzado respondió tal y como había calculado, balanceándose con fuerza hacia la nave. La inercia lo empujó hasta la parte superior del casco, donde activó sus pies magnéticos, quedando a poca distancia del objetivo.

"*Imposible*" fue lo único que pudo pensar el mercenario al contemplar el movimiento del robot y cómo ahora este revisaba el inhibidor de salto que tenían enganchado. Se trataba de un artefacto metálico que le recordaba a una araña: seis patas salían del cuerpo principal, del tamaño de un brazo, clavándose al casco con tal fuerza que parecía imposible separarlo de él sin arrancar parte de la estructura de la nave.

Tidux lo estudió por un momento; aquel objeto era más complejo de lo que parecía. Todo el equipo estaba blindado y protegido ante cualquier intento de desmontarlo. No había pernos ni

uniones visibles; la superficie era completamente lisa. Lo único que tenía era un pequeño panel con un teclado, usado para desactivarlo cuando los atacantes desearan recuperar el control de la nave.

—No sé qué tipo de código están usando para desactivar el sistema y no puedo acceder a los circuitos internos. Los sensores detectan una carga explosiva trampa en su interior. Si lo manipulo estallará y, con él, media nave.

—¿Qué opciones tenemos? —Preguntó Vhan con desesperación al tiempo que veía cómo las naves restantes se reagrupaban, preparándose para continuar de nuevo la persecución.

—Sólo hay una, pero puede que no te guste —respondió el robot, imitando el tono con el que había hablado Vhan y logrando sorprenderlo.

—No quiero saberlo. Haz lo que tengas que hacer, necesitamos salir de aquí —respondió este, cerrando la comunicación y centrándose de nuevo en el pilotaje.

Tidux se agachó y cogió el destornillador que llevaba, atacando los paneles cerámicos de la nave. Si lograba cortar la estructura a la que el inhibidor estaba sujeto, podrían liberarse. El robot se movió con rapidez sobre cada uno de ellos, soltando los pernos de sujeción y dejándolos atrás.

La Estrella Oscura avanzaba a toda velocidad entre el cinturón de asteroides, tratando de alejarse de las naves que ya volvían a estar sobre ellos. Y, de pronto, sus cañones volvieron a escupir plasma. Los proyectiles pasaron cerca del robot, iluminando la zona de trabajo donde estaba.

—¿Cómo vas? No sé cuánto tiempo más puedo aguantar.

—Necesito un par de minutos. Debo cortar parte del fuselaje exterior —respondió, activando el cortador de plasma y metiéndolo en la estrecha abertura que había creado al retirar los pernos que sujetaban el recubrimiento cerámico.

—No tenemos tanto tiempo. ¡Date prisa!

Vhan observaba con nerviosismo las cámaras exteriores, siguiendo cada movimiento del robot alrededor del inhibidor, trabajando sin descanso, ajeno a las naves que cada vez se acercaban más a pesar de sus intentos de huida. Revisó de nuevo los sistemas. Todos estaban en estado crítico; incluso el motor se estaba sobrecalentado y pronto fallaría, fruto del esfuerzo. Si eso ocurría, todo terminaría para ellos.

Sin darse cuenta, murmuró una plegaria al universo, pidiéndole compasión.

No había terminado de pronunciar las palabras cuando vio un gigantesco trozo de metal desprenderse de la nave y salir disparado hacia el espacio. Al mismo tiempo, algunas alarmas se silenciaron y las luces piloto volvieron a brillar en un intenso color verde.

—¡Lo has conseguido! ¡El ordenador de salto está operativo! —Exclamó Vhan con euforia al comprobar que el sistema respondía—. Vuelve dentro inmediatamente, hay que salir de aquí, ya.

De repente, un disparo impactó con fuerza contra el casco, sacudiendo la nave y obligando a Vhan a aferrarse con más

fuerza a los mandos, maniobrando para evitar los nuevos ataques.

—¿¡Tidux!? ¡¿Estás bien?! —Gritó sin ver a su compañero en la pantalla, sintiendo cómo su corazón se constreñía al pensar en lo peor.

—Sí, sigo aquí. Poco ha faltado —respondió este a través de los altavoces de la cabina, apareciendo en otra de las cámaras mientras se movía a lo largo del casco en dirección a la bodega de carga.

—Voy a cambiar el rumbo. Hay que salir de la nube de asteroides para saltar. Ya tengo las coordenadas fijadas. Avísame cuando estés dentro.

La Estrella Oscura viró drásticamente, tomando a sus perseguidores por sorpresa y ganando una pequeña ventaja. Vhan colocó su mano sobre la palanca de salto a la espera de buenas noticias mientras el proyector holográfico mostraba el espacio que se abría ante ellos y cómo el cinturón de asteroides se quedaba atrás. Su corazón latía con rapidez, martilleando su pecho mientras cada segundo se sentía eterno.

La alarma del cierre de la bodega de carga se activó en el panel. El piloto desvió la mirada hacia la pantalla auxiliar, comprobando cómo Tidux ya estaba dentro, a salvo. Sin dudar, tiró de la palanca. El motor rugió con más furia que nunca. La nube de salto creció rápidamente, rodeándolos y engulléndolos, dejando atrás a las naves de la Garra Roja.

Vhan revisó las lecturas y, al asegurarse de que, al menos por

ahora estaban a salvo, soltó finalmente los mandos y se recostó en el asiento. Suspiró aliviado, sintiendo cómo su cuerpo y su corazón se relajaban poco a poco.

—Lo siento, la reparación del casco será costosa. Ha quedado destrozado —informó el robot, sus pasos resonaron ahora en la silenciosa cabina.

—No importa, Tidux. Estamos vivos. Esos es lo que cuenta. Has hecho un gran trabajo —le dijo Vhan, esbozando una sonrisa mientras le robot se sentaba a su lado, ocupando su lugar de copiloto—. Sin tu decisión no habríamos salido de esta. Puedes estar orgulloso de lo que has hecho.

El ser metálico lo observó por un instante, procesando y desentrañando el verdadero significado de aquellas palabras. Antes de que pudiera decir algo, Vhan señaló el ordenador.

—He hecho un salto rápido para tratar de despistar a los de la Garra Roja. Una vez lleguemos al destino, necesitaremos establecer las coordenadas del lugar de encuentro. Así que, no perdamos tiempo, tenemos cinco minutos para prepararnos.

6. Cicatrices de un trabajo fallido

La Estrella Oscura emergió del salto hiperespacial con una sacudida sutil. Frente a ellos, la estación espacial Pykek, nombre que compartía con el propio sistema en el que se encontraba, se extendía en la distancia como una colmena metálica suspendida en el vacío. Vhan la observó por un momento mientras se aproximaban, esperando la confirmación de la Torre de Control para aterrizar. Se trataba de una estación obrera que funcionaba como enclave estratégico para recolectar cometas y asteroides ricos en minerales y agua que luego enviaban a los dos planetas que los paltar habían colonizado. Por esa misma razón, la estructura de la estación era funcional, diseñada de manera pragmática para facilitar las operaciones incesantes de recolección y procesamiento. Las luces parpadeantes de los muelles y las plataformas de carga proyectaban sombras sobre las superficies desgastadas, remarcando el carácter áspero del lugar. Aquella no era su primerea visita a la estación, y había estado lo suficiente para conocer a sus habitantes: toscos, orgullos y convencidos de que su labor los hacía indispensables para la supervivencia de aquellos que vivían en los planetas centrales del sistema.

Una luz en el panel de comunicaciones parpadeó, interrumpiendo sus pensamientos, seguida por una transmisión que resonó en los altavoces de la cabina. La Torre de Control le había otorgado permiso para aterrizar, asignándole el rumbo hacia el Hangar Uno, un vasto y bullicioso espacio donde un sinfín de naves se movían en una coreografía incesante e hipnótica. Los

cargueros industriales iban y venían mientras pequeñas naves de servicio y mantenimiento zumbaban entre ellos. El tráfico era incesante, pero controlado con precisión militar. Vhan, con movimientos rápidos y familiares, activó el tren de aterrizaje mientras seguía las coordenadas asignadas.

La nave descendió y tocó el suelo con suavidad. Unos segundos después, apagó el motor, dejando que el estruendo cesara y los sonidos lejanos del exterior lentamente llenaran el vacío. Sus dedos tamborilearon sobre le panel de control mientras esperaba a que los protocolos de aterrizaje se completaran. Aprovechó aquel instante para echar un vistazo a los diagnósticos que parpadeaban con advertencias, recordándole el combate que habían librado.

Los recuerdos y la sensación del peligro inminente regresaron con fuerza: la adrenalina recorriendo sus venas, el rugido del motor y el zumbido constante de las alertas. Habían estado al borde del desastre, una vez más. Pero esta vez, Vhan se daba cuenta de lo cerca que habían estado de no salir con vida. Las maniobras desesperadas, la sobrecara del motor, el frenético intento de Tidux por deshacerse del inhibidor... Todo había sido un juego a contrarreloj.

Y así es cómo se lo había contado a la nave de recogida.

Tras el primer salto que habían realizado para despistar a sus atacantes, se dirigieron a las coordenadas acordadas. Allí pudieron, por fin, realizar la entrega. Momento que Vhan aprovechó para explicar todo lo sucedido: desde el ataque en Glexer hasta el sacrificio de gran parte de la carga para ganar tiempo y poder

escapar.

Tras escuchar aquel relato, los traficantes se pusieron en contacto con el Noejima, enviándoles un mensaje e informando no sólo de que la entrega se había realizado, si no también de todo lo sucedido con la carga y la Garra Roja.

Una vez terminaron de trasladar las armas de una bodega a otra, se despidieron. Estos le explicaron que debían continuar su viaje pues debían entregar ese mismo cargamento en uno de los sistemas fronterizos del sector donde Bax estaba disputando una guerra feroz y sin cuartel contra la Garra Roja y que, hasta aquel momento, estaba perdiendo.

Al oírlo Vhan comprendió la importancia del trabajo que habían hecho y del verdadero riesgo que habían corrido. Aquellas armas podrían a cambiar el curso de la batalla y convertir a Bax en el nuevo líder criminal del sistema. Por esa misma razón la Garra Roja los había perseguido. Alguien había informado de sus movimientos y del cargamento que pondría en peligro su propia hegemonía; y habían decidido actuar.

Mientras Vhan seguía con aquellos pensamientos en la cabeza, observando cómo la nave de recogida desaparecía de su vista, la Estrella Oscura recibió una llamada a través del sistema cifrado. Era Bax.

—Ya he sido informado de que has hecho la entrega a una de mis naves —anunció aquella portentosa voz sin mediar saludo alguno.

—Así es. Acaba de saltar frente a nosotros —respondió el mercenario con tono servicial, tratando de descifrar el humor en

el que se encontraba el paltar tras conocer lo sucedido.

—Son buenas noticias, pronto llegarán a su destino y harán su función. Me han dicho que os habéis cargado a algunos de esos cabrones rojos. ¿Es cierto?

—Sí, aunque tuvimos que sacrificar parte de la carga para hacerlo —respondió Vhan con lentitud, dejando espacios entre cada palabra para mostrar la gravedad de la situación.

—No pasa nada, a veces hay que hacer sacrificios para conseguir beneficios. —Aunque no podía verlo, Vhan supo al instante que estaba sonriendo, disfrutando de la situación—. Además, este no era el único cargamento que estaba enviando a mis tropas.

—Ahora comprendo por qué nos has contratado para este trabajo... —completó el mercenario, asintiendo lentamente. Por fin lo tenía claro, ahora todo encajaba. Sin saberlo, Bax les había puesto una diana en la espalda. Antes de poder contenerse, las palabras brotaron de su boca—. Nos has utilizado como cebo en tu juego con la Garra Roja, ¿verdad? Has manipulado la información para descubrir quién mordía el anzuelo y nosotros éramos un sacrificio aceptable. ¿Esperabas que al menos sobreviviéramos?

El silencio al otro lado de la línea fue pesado, casi tangible. Cuando finalmente respondió, su tono era calculador, sin rastro de arrepentimiento.

—Eres más listo de lo que parecías al principio, Vhan. Sí, necesitaba a alguien que fuera ajeno a nuestras operaciones habituales y tú has cumplido tu papel a la perfección. Has sobrevivi-

do, lo que me dice que eres mejor de lo que esperaba. Eso es una ventaja, ¿no crees?

—¿Una ventaja? —Vhan apretó los dientes, luchando por mantener la calma y no decir algo que supusiera enfrentarse a él directamente. Pues se trataba de una batalla que no podría ganar. Y, aun así, a pesar de la furia que sentía, en su interior podía comprender los motivos por los que lo habían usado. "*Si yo estuviera en su situación y quisiera descubrir quién está filtrando información a mis enemigos habría hecho lo mismo. Operaciones separadas, equipos y transportes sin relación entre ellos y diferentes puntos de recogida y entrega. Aunque no me guste y nos haya usado como sus propias marionetas, es la mejor manera de conseguir resultados. Y si alguien muere... Él ya lo ha dicho; a veces hay que hacer sacrificios para obtener beneficios*"—. No me gusta que jueguen conmigo de esta manera, pero entiendo por qué lo has hecho.

—Me alegro de que lo sepas. —La voz de Bax sonó más suave, casi paternal—. Te diré que, aunque hoy haya jugado contigo, en este universo todos somos peones en el tablero de alguien más. Hoy te ha tocado a ti. Mañana, le tocará a otro, puede que a mí. Por eso hay que convertirse en un buen jugador y adaptarse a las reglas del juego. Recuerda que sólo los mejores sobreviven.

—¿Y qué hay de los que han querido jugar con sus propias reglas?

—No te preocupes, de esos me encargaré yo personalmente. Pero me lo tomaré con calma, para que paguen con creces —respondió Bax, recuperando el tono seco con el que siempre

hablaba y demostrando una vez más la fuerza que poseía—. Mientras tanto, quiero que mantengas la boca cerrada. Quiero que este quede entre tú y yo. Para el resto del mundo, el trabajo no ha salido como ninguno de los dos esperaba y se ha perdido la mitad de la mercancía. Así que ve a la Estación Pykek, ahí está Paken terminando un trabajo. Él te pagará.

—Entendido. Esta conversación nunca ha existido —indicó el mercenario, calmando la furia que lo consumía por dentro al haber sido manipulado de aquella manera y, al mismo tiempo, sintiendo cierta admiración por la astucia del criminal—. Sólo espero que la próxima vez me expliques las reglas del juego antes de jugar.

—Haré lo posible —capituló este con tono burlón antes de cortar la comunicación de manera abrupta, dejando a Vhan con un amargo regusto en su garganta.

Tras la conversación, pusieron rumbo a la estación, dejando que las palabras de aquel paltar siguieran rondando en su mente. Más consciente que nunca de la fragilidad de las alianzas y de lo peligroso que era Bax.

De pronto, el panel de control emitió un pitido, devolviéndolo a la realidad. Miró rápidamente los equipos, comprobando que todo estaba correcto, que la nave estaba bien atracada y que tenía luz verde para salir al hangar y acceder a la estación. Dejó escapar un largo suspiro de alivio y se hundió en su asiento. El peso de las últimas horas cayó sobre él como una losa. Aquel trabajo había salido caro, no sólo en términos materiales, si no

también en sus propias vidas salvadas por pura suerte.

Los segundos transcurrieron en un silencio pesado mientras intentaba relajarse, pero su mente seguía atrapada en un bucle. Las imágenes del combate se superponían, cada decisión, cada error que habían cometido, deslizándose por su memoria. El cansancio no era sólo físico, lo sentía en cada fibra de su ser.

Sabía que debía moverse; que aún quedaban muchas cosas por hacer; que no podía quedarse allí. Y, sin embargo, en ese momento, levantarse le parecía un esfuerzo titánico, como si la propia gravedad de sus pensamientos lo mantuviera anclado al asiento.

Finalmente, con un suspiro cargado de agotamiento, sacudió la cabeza y, reuniendo la poca fuerza que le quedaba, se obligó a ponerse en pie.

—Quiero que termines de revisar los sistemas y repares todo lo que puedas con las piezas que tenemos —ordenó Vhan.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Iré a esperar a Paken. Cuanto antes tengamos el dinero, mejor. Con suerte, nos bastará para cubrir los daños y poner a punto los sistemas de salto.

—Recibido, me pongo a ello de inmediato.

Vhan descendió de la Estrella Oscura y el bullicio del hangar lo envolvió de inmediato. El aire estaba cargado, pesado por el olor del metal sobrecalentado, el aceite y el leve aroma del alinum. A su alrededor, las herramientas zumbaban sin descanso, los técnicos iban y venían entre naves, y las voces y los idiomas

se entremezclaban en un coro incesante. Había visto cientos de estaciones y hangares como aquel, pero por alguna razón, quizá fuera el cansancio acumulado o aquella última experiencia cercana a la muerte que acababa de vivir, sintió que aquella era la primera vez que pisaba un lugar como aquel; observándolo todo con ojos nuevos, casi inocentes.

Tras un breve momento de contemplación, se volvió hacia su nave. Su corazón se encogió al ver el estado en el que se encontraba. La Estrella Oscura era una sombra de lo que había sido: gran parte de la pintura color índigo había desaparecido, dejando a la vista el metal desnudo; las líneas de color anaranjado que perfilaban sus formas estaban casi borradas; incluso el nombre se había convertido en una mancha oscura que se hacía complicado de distinguir. Todo ello sin contar con los daños que habían recibido con aquel último trabajo.

"*Si tuviera dinero, te restauraría como mereces*" pensó con amargura. Las herramientas, los pasos apresurados, las voces... todo regresó a sus oídos de golpe, como una ola que lo apartó de la realidad y lo arrastró de nuevo a sus recuerdos. Revivió el momento en el que la había visto por primera vez y supo que la necesitaba. Hizo lo imposible para que Heilen, su antiguo dueño, la incluyera como premio en una de las partidas de bakum que solían jugar. Aquello había sido hacía más de diez años galácticos, y desde entonces habían vivido cientos de aventuras y cometido otras muchas locuras más.

Una sonrisa afloró en su rostro al evocar algunas de aquellas historias. Pero su mente no se detuvo ahí, decidiendo torturarle

una vez más. Las imágenes, los rostros y los nombres de los amigos que había perdido en el camino volvieron a su memoria. No sólo durante su estancia en el Cuerpo de Protección, si no también a lo largo de los últimos veinte años en los que se había dedicado a sobrevivir en una galaxia que nunca lo había querido. Una vida cruel, llena de pecados que sabía que nunca podría llegar a expiar.

Resignado ante esa verdad inmutable, dejó de mirar al pasado y se enfocó en el presente. Sabía que su vida no iba a cambiar, y que lo que único que podía hacer era continuar, tal y como había hecho hasta ahora. Se internó en la estación y, aunque el bullicio del hangar lo rodeaba, en su interior, sólo había silencio.

7. ¿Por qué te persiguen?

La cantina empezaba a llenarse rápidamente. Gran parte de los trabajadores de la estación espacial de Pykek habían terminado su jornada laboral y muchos habían decidido gastar parte de su sueldo diario en refrescar sus extenuadas gargantas. Al fondo, un grupo de músicos tocaba sus instrumentos intentando ahogar los gritos y las voces en una decena de idiomas que se escuchaban a lo largo de todo el lugar. Enormes pantallas, colocadas y aseguradas en sitios donde no pudieran ser arracadas por los clientes, mostraban diversos canales, todos con deportes violentos en los que la sangre era el plato principal.

Paken, una lagartija bípeda originaria del planeta Ohks, se deslizaba entre las mesas tratando de que nadie pisara su cola escamada, que se movía de un lado a otro. No tardó en llegar a una de ellas, donde un humano bebía tranquilamente una copa que contenía un líquido burbujeante y verdoso. El reptil lo observó por un momento; vestía una camiseta roja bajo un chaleco oscuro repleto de bolsillos que se complementaba con los pantalones grises que portaba y que tenían dos grandes rayas de color a los lados. Su piel tenía un tono tostado y poseía un rostro amigable. Aunque, como pudo comprobar el lagarto, sus ojos mostraban una inteligencia y frialdad no muy propias de alguien afable.

—Mi jefe no está contento contigo, Vhan —anunció Paken, sentándose frente al hombre. Este dejó el vaso sobre la mesa y miró a su interlocutor. Una ligera sonrisa asomó en su rostro al

ver su vestimenta. A pesar de las coloridas luces de la cantina, los colores chillones del traje calorífico ohksiano que llevaba para mantener su temperatura corporal, destacaban sobre todas ellas.

—¿Has traído mi dinero? —Espetó Vhan, recolocándose en el asiento.

—Aquí tienes tu pago —replicó con agresividad, lanzando una pieza de metal de un dorado intenso sobre la mesa. Tenía unos diez centühns de largo y de un dedo de grosor—. Bax dice que es lo que mereces por tu trabajo.

Vhan observó la pieza por un momento. Aquello no era lo que esperaba. Levantó la mirada hacia el lagarto, quien claramente disfrutaba del momento.

—¿Así es como Bax paga ahora? —murmuró en voz baja, tenso—. Acordamos cien mil créditos por traer la mercancía.

—Pero trajiste la mitad —respondió Paken con sorna, pasando su sonrosada lengua por uno de sus ojos. Vhan hizo una mueca de asco antes de bajar la mirada, incómodo ante aquella cualidad propia de los ohksianos—. Creo que el resto lo lanzaste al espacio sideral, ¿no es así?

—Tuvimos que sacrificar parte de la carga para deshacernos de la Garra Roja —dijo en voz baja tratando de no llamar más la atención evitar que ninguna de las mesas de su alrededor pudiera oírlo.

—Ese no es nuestro problema, humano. Tú aceptaste el trabajo y prometiste que entregarías todo el cargamento. Sabías que no sería un paseo por el espacio... —Las palabras del reptil

se afilaron—. Creía que eras un profesional y comprendías en lo que te estabas metiendo. Deberías de estar agradecido de que Bax sea tan generoso y te pague por lo que sí has entregado. Si fuera por mí, no sólo no habrías visto ni un crédito, ahora mismo estarías flotando en el vacío.

Vhan bajó la mirada, tratando de mostrarse débil ante su interlocutor. Sabía que Paken no sólo disfrutaba del aquel momento, si no que lo necesitaba para vengarse de la vergüenza que había sentido al haber fallado en su tarea por su culpa. Pero, a pesar de ello, aquel ser ignoraba un detalle clave. Uno que seguía dejándole en clara desventaja frente al mercenario. El comandante no sabía nada del pacto que había hecho con Bax tras entregar la carga, ni de la conversación que habían mantenido. Y aquello hablaba de la relación del líder criminal con el okhsiano. "*Bax no confía en ti. Puede que pronto dejes de ser su comandante. O puede que hayas sido tú quien ha filtrado la información. En ese caso, pronto seré yo quien saboreará el momento*." Sin poder evitarlo, Vhan sonrió, visualizando aquella posibilidad.

—¿De qué te ríes, humano? —Preguntó Pakek al ver el semblante divertido del humano, confundido.

—Nada —respondió Vhan, apoyándose lentamente en el respaldo de la silla—. Pensaba que, si alguien me hubiera dicho que esos bastardos podrían aparecer, habría pedido el doble desde el principio.

—Si no te gusta el trato que tenías con mi jefe, me llevaré el dinero —amenazó Paken, extendiendo la mano hacia la pieza de

metal.

—¡Las manos quietas! —Le interrumpió Vhan, desenfundando la pistola que llevaba en la pernera del pantalón y apuntándole. Este se detuvo, parpadeando primero con un ojo y luego con el otro—. Eso es mío.

—Así que aceptas el pago, al final —dijo Paken con un siseó al tiempo que dejaba entrever una larga hilera de dientes blanquecinos en un lado de la cara. Como si tratara de sonreír igual que un humano a pesar de que sus facciones no estaban preparadas para hacerlo—. Eres como el resto de los mercenarios.

—Lo necesito para mi nave —replicó, guardando la pieza en su bolsillo—. Mitad de la carga, la mitad del pago. Acepto. Pero dile a tu jefe que no habrá próxima vez. Dile que no habrá más juegos si me vuelve a ocultar información. Y menos si luego no quiere pagarme lo acordado.

—Deberías recordar tu posición en esta galaxia, humano, ¿o es que la has olvidado? —El lagarto se recostó en el asiento, dejando que sus palabras hicieran eco en la mente de Vhan mientras jugueteaba con la pulsera de cuentas de madera que llevaba en la muñeca izquierda y de la que colgaba un colmillo—. Bax te dio una oportunidad por la que otros, mucho mejores que tú, habrían matado. ¿Y qué es lo que haces? Quejarte. Aun habiendo fallado en tu misión te atreves a pedir más de lo que se te ha dado. Tendrías que estar agradecido de que aún se te permita respirar, pues, por alguna extraña razón, le caes bien a mi jefe. Pero tu suerte puede acabar, y sabes perfectamente que son pocos los que contratan a humanos para este tipo de trabajos. A no ser que quieras probar suerte en las minas de gas de

Mojen, dicen que, entre los latigazos y el aire tóxico, los esclavos ahí no duran ni un año.

La mirada de Vhan se endureció. Sentía cómo el dedo que tenía sobre el gatillo palpitaba con fuerza intentado cerrarse sobre este. Pero no se lo permitió. Sabía perfectamente que no iba a conseguir nada si decidía descargar su arma contra la cabeza de aquella criatura.

—¡Qué te den! —Gritó Vhan con fiereza—. Me importa una mierda lo que un puto lagarto como tú pueda decirme. Vamos, vete de aquí antes de que te pegue un tiro y tu jefe tenga que limpiar tus sesos de las paredes.

—Esto no acabará así, escoria humana. —Paken escupió en el suelo antes de levantarse de su asiento y mirar por última vez al mercenario—. No pienso olvidar lo que has hecho hoy. Ya sabes qué es lo que les pasa a los que me amenazan a mí o a Bax.

El mercenario se quedó sentado, apuntando al espacio vacío que tenía ahora frente a él, observando cómo Paken se alejaba de la mesa, entremezclándose con el resto de los presentes. Suspiró con fuerza mientras volvía a enfundar el arma. Sabía que las últimas palabras del lagarto eran totalmente ciertas, aquel acto le iba a acarrear problemas. Puede que Bax le hubiera dio algo muy distinto en su última conversación con él, pero estaba seguro de que lo mejor era alejarse de la estación y de los dominios de aquel ser durante un tiempo. Al menos, hasta que las cosas se hubieran calmado y el líder criminal hubiera encontrado

y hecho pagar a los traidores de su propia organización el precio que suponía enfrentarlo.

——※ · ※ · ※——

Vhan abandonó la cantina tras haber tomado otra copa más para bajar los nervios que recorrían su cuerpo. Aquella mezcla de temor y ebriedad le hacía tambalearse mientras recorría los pasillos de la estación en dirección al hangar, donde se encontraba su nave.

No sabía muy bien cuánto tiempo había pasado deambulando entre los corredores de la estación cuando, desde uno de los pasillos laterales, apareció una joven que se abalanzó sobre él a toda velocidad, cayendo los dos contra el suelo metálico.

—¡Cuidado! —Gritó Vhan al tiempo se llevaba una mano a la cabeza dolorida y miraba a su agresora, una humana de unos treinta años, o incluso menos.

—¡Ayúdeme, me persiguen! —Exclamó ella con rapidez, aferrándose al chaleco de piel y haciendo que él la arrastrara al levantarse, quedándose de pie, uno frente al otro.

—¿Quién te persigue? —Preguntó el mercenario, agarrándola por los hombros para tratar de tranquilizarla.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que sus ropas estaban llenas de sangre. La alejó para ver si estaba herida, pero no distinguió ningún corte o lesión y comprendió al instante que pertenecía a otra persona.

—¿Qué ha pasado?

Antes de que la mujer pudiera responder a aquella última pregunta, una portentosa voz procedente del final del pasillo y con un duro acento, la interrumpió.

—¡Tú, humano!

A pesar de la larga melena cobriza y oscura que ocultaba parte de su rostro, el mercenario pudo comprobar cómo sus ojos, de un color verde intenso, mostraban un auténtico terror al escuchar aquella voz. La joven se agarró con más fuerza que antes al torso de Vhan, temblando. El mercenario se quedó mirándola por un segundo, sorprendido al ver su reacción, antes de volverse hacia las dos criaturas que se acercaban a ellos.

Pudo reconocerlos al instante; el de la izquierda era un balnir, un ser humanoide con una piel de color añil y con diversas púas en la cabeza a modo de pelo. Aunque se encontraba a cierta distancia, pudo distinguir los dos largos y característicos incisivos que sobresalían por debajo de sus labios finos y de un color más oscuro.

El otro era un scroc, un pariente evolucionado de las ranas, que poseía unos grandes ojos saltones de color naranja y que llevaba un bulboso collar repleto de un líquido verdoso usado para que la piel de aquella especie nunca se resecara.

Pese a que aquellos seres intentaban ocultarlo, Vhan pudo comprobar que iban armados. El ser azulado llevaba una pistola en la pernera del pantalón, muy similar a la suya, y el anfibio tenía la empuñadura de un cuchillo sobresaliendo de su bota derecha. Esta brilló por un instante al pasar por delante de una de las luces del corredor.

—Esa mujer es nuestra, entréganosla —ordenó el anfibio.

—Por favor, ayúdeme, han matado a mi familia —rogó la mujer entre sollozos, aferrándose más a él.

—¿Es que estás sordo, estúpido mono sin pelo? —Preguntó irritado el de los cuernos al ver que el humano no había obedecido a su compañero al instante.

—Danos a la humana y no te pasará nada —Explicó el otro, cogiendo el cuchillo de su bota y jugueteando con él para que Vhan entendiera las consecuencias de no hacer lo que le decían.

—¡No dejes que me lleven, por favor! —Suplicó ella entre lágrimas, buscando en aquel hombre su salvación.

—No parece que quiera venir con vosotros —comentó Vhan, moviendo lentamente a la mujer hasta dejarla detrás de él—. ¿Qué ha hecho? Si es un asunto de dinero yo puedo…

—¡A ti no te incumbe, maldita escoria humana! —Espetó el ser azulado, sacando con furia el arma y colocándola tan cerca del rostro del mercenario que este pudo ver la sobrenatural oscuridad que habitaba su interior—. Entréganos a la mujer y podrás salir de aquí con vida.

—Tranquilos, no quiero problemas —anunció el mercenario con lentitud. Todos los vapores del alcohol se habían disipado y su mente estaba totalmente despierta. Miró a la cara a los dos seres que tenía frente a él para medir lo lejos que estaban dispuestos a llegar. No cabía duda de que iban a hacer todo lo necesario para conseguir a la mujer—. Pero sé muy bien que no podéis llevaros a esta joven sin más, debéis tener una orden de captura o las pruebas de que haya incumplido una ley o cometido algún crimen.

—Ya me he cansado de este estúpido humano —anunció la rana, lanzándose contra él con el cuchillo por delante.

Vhan esquivó el ataque al tiempo que lanzaba su puño contra el rostro del scroc, que impactó con fuerza. Una húmeda e irritante sensación envolvió su mano al golpear la piel del anfibio. Su compañero, sorprendido ante su rápida reacción, trató de apretar el gatillo, pero era demasiado tarde. El hombre agarró su brazo y le hizo errar el tiro.

Con un débil zumbido, el proyectil de plasma emergió del arma e impactó contra la pared metálica del corredor, dejando una gran marca de quemadura y haciendo que la joven, asustada, se agachara y se llevara las manos a la cabeza.

Los dientes puntiagudos de aquel ser asomaron por debajo de sus oscuros labios mientras trataba de zafarse del fuerte agarre del mercenario, que ya había lanzado un golpe contra sus costillas. El balnir se dobló por la mitad debido a la fuerza del puñetazo y Vhan aprovechó ese mismo instante para lanzarle un duro rodillazo contra la cabeza. La nariz se rompió con un intenso crujido, que resonó a lo largo del pasillo, cayendo de espaldas inconsciente y con el rostro lleno de sangre de color amarillento.

—¡Maldita sea! —Exclamó el humano mientras agitaba su mano derecha, totalmente roja y con unas pequeñas ampollas que empezaban a aparecer por toda la zona. Miró a la mujer, que seguía agachada en un rincón del pasillo—. ¿Estás bien?

La joven alzó la cabeza para mirar a su salvador, quien, con

una gran sonrisa, le tendía una mano para ayudar a levantarse. Dudó por un segundo, pero asintió y la aceptó.

Antes de que alguno de los dos pudiera decir nada, una bola de plasma pasó entre ambos y se estrelló contra la pared de la estación. Vhan se volvió rápidamente, sacando su pistola y descargándola contra un grupo de cuatro seres que se movía a pasos agigantados por el pasillo, todos provistos con aquellas peligrosas armas de energía.

—¡Hay que correr! —Gritó mientras tiraba de la joven.

Las voces de los perseguidores, el impacto de los proyectiles y los fuertes pasos de todos ellos creaban una intensa melodía que se extendía por el corredor y los alrededores. Los residentes de la estación se afanaban en cubrirse o esconderse de aquel caos, tratando de no resultar heridos por el fuego cruzado.

—¿A dónde vamos? —Preguntó la joven con voz temblorosa y entrecortada debido al esfuerzo de mantener el ritmo de Vhan.

—A mi nave, hay que salir de aquí cuanto antes —explicó este mientras giraban y se adentraban en una nueva galería. El mercenario disparó su arma para ralentizar el paso de sus perseguidores antes de soltar a la mujer y así poder deslizar la manga derecha de la chaqueta, dejando a la vista la muñequera digital que llevaba. Apretó un botón con el dedo índice—. Tidux, ¿me oyes?

—Sí, ¿qué pasa? —Interrogó una voz enérgica y con un tono ligeramente artificial—. ¿Eso que oigo es lo que creo que es?

—No es momento para explicaciones, enciende los propulsores y estate preparado para partir en cuanto lleguemos, vamos a necesitar salir pitando de aquí.

—¿Lleguemos?

—¡Haz lo que te digo! —Gritó antes de cortar la comunicación y girarse para descargar su arma de nuevo.

—¿Con quién hablabas? —Preguntó la mujer al ver cómo terminaba aquella conversación a través del comunicador de muñeca.

—Mi copiloto. ¡Vamos, si puedes hablar, puedes correr más rápido! —Exclamó este, agarrando de nuevo su mano y tirando de ella.

Fue en ese momento que distinguió una gran tubería con una señal de peligro. Con un rápido movimiento del arma, la hizo estallar con uno de sus proyectiles. Una gran nube de vapor caliente inundó el pasillo, bloqueando el paso al resto de seres que les seguían.

—¡Corre, ya no estamos lejos!

——※ · ※ · ※——

Las pesadas y desgastadas puertas de acero se abrieron dejando ver el enorme hangar que ocultaban. Los dos humanos atravesaron el umbral y avanzaron hasta quedarse sobre la plataforma suspendida desde la que podían ver todo el piso inferior, donde descansaban la gran mayoría de las naves de la estación espacial. No había manera de saber cuántas eran, pues a cada minuto decenas se alzaban y otras muchas se posaban en aquel inmenso espacio como si de una ensayada danza se tratara. El ruido de los motores al encenderse, así como las voces de los

técnicos, mecánicos, ingenieros y comerciantes que se movían a su alrededor creaban un zumbido ensordecedor. Había todo tipo de vehículos; desde algunos polvorientos que podían considerarse simples trozos de chatarra, hasta otros recién sacados de los astilleros espaciales y que aún relucían bajo la iluminación de los focos.

A pesar de que la mayoría de las naves espaciales de la estación tenían carácter civil: recolección de chatarra, comercio y transporte, mantenimiento o extracción de gas y minerales, en muchas de estas se podían distinguir cañones de plasma o torretas de proyectiles en su fuselaje. Incluso las más grandes poseían bahías de misiles y láseres de alta potencia. Todos los pilotos sabían que el espacio podía ser peligroso y mortífero para cualquiera que no estuviera preparado; y esas armas les daban la protección que necesitaban para poder realizar su trabajo de manera más segura.

—Parece que les hemos despistado —comentó Vhan mientras recuperaba el aliento y miraba al pasillo para asegurarse de que no les perseguían. Se volvió hacia el hangar y escudriñó el lugar durante un largo minuto hasta que señaló una de las naves que descansaban en el piso inferior—. Ese es nuestro transporte, vamos, cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

La mujer siguió aquel dedo hasta el punto que el mercenario había marcado y sintió cómo su corazón se encogía al ver el estado en el que se encontraba aquel vehículo. Gran parte de la pintura había desaparecido, dejando a la vista en muchos puntos el metal que había debajo de la capa de índigo que lo cubría por

entero. Las líneas de color anaranjado que perfilaban las zonas más prominentes de la estructura también se habían borrado casi por completo bajo los impactos de los proyectiles y las marcas de quemadura. A pesar de ello, aunque no sin cierta dificultad, se podían distinguir las palabras Estrella Oscura escritas en negro. Por otro lado, las alas no parecían tener mejor aspecto, pues una de ellas tenía un agujero que dejaba a la vista el doble casco, del que saltaban chispas.

—¿Esa, esa es tu nave?

—Si quieres quedarte aquí, tú misma, pero yo me voy. —Le dijo Vhan al escuchar el tono con el que había hablado su acompañante. Agarró la escalera de metal que llegaba al piso inferior y se deslizó por ella, haciendo que chirriara a medida que descendía.

Ella le miró desconcertada; no sabía si debía seguir a aquel desconocido o escapar por otro lado ahora que habían conseguido despistar a sus perseguidores. En ese momento, mientras se debatía en qué elección tomar, el estruendoso zumbido de un arma de plasma la devolvió a la realidad. Aquellos seres los habían encontrado de nuevo. Acababan de salir por otra de las puertas de la plataforma y descargaban sus armas contra Vhan, que se había parapetado tras unas cajas, devolviendo los disparos.

—¿¡Qué decides!? —Gritó Vhan con fuerza desde detrás de su cobertura para hacerse oír sobre el resto de los sonidos que ocupaban el hangar.

Inspiró fuertemente, agarró la escalera y comenzó a bajar con rapidez a medida que sentía cómo los proyectiles pasaban a su alrededor. Cerró los ojos mientras seguía descendiendo, oyendo el crepitar del plasma al atravesar el aire y el aroma característico que dejaba y que se incrustaba con fuerza en su cerebro.

De pronto sintió cómo alguien la agarraba por la cintura, haciendo que soltara un grito antes de darse cuenta de que se trataba de Vhan, que intentaba ayudarla a bajar los últimos peldaños. El mercenario siguió disparando contra sus enemigos al tiempo que la empujaba en la dirección que le había indicado anteriormente.

Los dos avanzaban entre las naves, haciendo que las gentes que inundaban todo el hangar se escabulleran para no resultar heridas en aquel tiroteo.

—¡Tidux, abre la maldita puerta! —Gritó el humano al llegar junto al vehículo, cubriéndose tras este antes de lanzar una nueva ráfaga contra sus enemigos, que ya descendían desde la plataforma superior a través de los ascensores de carga.

—¿La contraseña? —Preguntó con cierta melodía una voz a través del comunicador de muñeca de Vhan.

—No estoy para bromas, ¡abre de una maldita vez! —Ordenó este, descargando su arma contra uno de los perseguidores.

—El otro día, cuando yo estaba fuera, me dijiste que esto era divertido…

La voz, ligeramente ofendida, enmudeció antes de que la puerta de la bodega de carga chirriara e iniciara su lento descen-

so hacia el hangar. Al mismo tiempo, Vhan comprobaba cómo aquellos seres se acercaban rápidamente a ellos, tomando posiciones. Los segundos se hacían eternos mientras intentaba contenerlos, disparando contra todo lo que se moviera hacia ellos.

De pronto, cuando la compuerta golpeó el suelo, un proyectil salió del interior de la nave e impactó contra una de las coberturas que usaban los perseguidores, alzándose una gran columna de fuego y haciendo que todos los presentes se agacharan aún más en sus respectivos escondites.

—¡Eso, agachaos u os quemaré el culo! —Exclamó una voz procedente de la parte superior de la rampa—. ¡Vamos, yo os cubro!

—¡Corre, sube! —Ordenó a la mujer.

A pesar del miedo que sentía en aquel momento, pasó agachada alrededor del mercenario mientras él seguía descargando su arma para cubrirla. Subió casi a gatas hacia el interior de la bodega de carga cuando se dio cuenta de que había alguien más ahí, frente a ella. Era un robot.

Alzó lentamente la mirada para contemplarlo. Había visto algunos a lo largo de su vida en la estación, pero aquel le provocó una extraña turbación. Medía dos ühns de alto, más de uno de ancho y gran parte de su desgastado cuerpo metálico estaba protegido por placas cerámicas del mismo color anaranjado que la nave. Con un ligero zumbido movió el gran fusil de fusión que tenía entre las manos y disparó de nuevo, iluminando por un segundo aquel cuerpo artificial y dejando que el arma escupiera su ráfaga mortal contra los que la perseguían.

—¡Vamos, olvídate de ellos y salgamos de aquí! —Gritó Vhan, que había subido la rampa tras la mujer y ahora corría hacia la cabina de mando.

—¿Quién es, un nuevo ligue? —Preguntó Tidux, bajando el arma y analizándola con sus ojos robóticos.

Esta le devolvió la mirada, sorprendida ante el rostro que tenía frente a ella. La mayoría de los androides que había visto no tenían unos rasgos definidos, pero aquel sí que los poseía. A pesar de que no tenía nariz o pelo, sus facciones demostraban que había sido construido a imagen y semejanza de los humanos.

—¡Deja de tocarme los huevos y ven aquí! —Exclamó el mercenario, saltando sobre su asiento y apretando una secuencia de botones para cerrar la puerta trasera y preparar los propulsores.

—Sígueme —rogó el robot, que ya había comenzado a deslizarse a través de la bodega de carga con fuertes pasos.

—Siéntate ahí, agárrate bien, no digas nada y ni se te ocurra tocar nada de lo que ves —ordenó Vhan, señalando el asiento que había detrás del de copiloto, dónde se situaba una consola repleta de interruptores y diversos monitores.

Ella asintió mientras veía cómo Tidux, que ya se había colocado en el de delante, comprobaba los indicadores y las pantallas. Súbitamente, uno de los proyectiles enemigos impactó con fuerza sobre la nave, haciendo que agachara la cabeza.

—¡Malditos desgraciados, si siguen disparando vamos a ex-

plotar! —Exclamó, tirando de las palancas y haciendo que la nave alzara el vuelo, elevándose sobre el resto del hangar—. ¡Vámonos!

La Estrella Oscura se alejó a toda velocidad de los disparos de sus perseguidores, acercándose al escudo de energía que protegía el hangar del espacio exterior.

—¿Destino? —Preguntó el copiloto al tiempo que introducía un código de seguridad en la computadora para poder atravesar aquella protección sin problemas.

—Las Lunas de Medic, ahora mismo necesitaremos escondernos durante un tiempo —respondió el capitán—. Creo que ahí estaremos a salvo.

Antes de que terminara de hablar, el espacio les rodeó, sepultándolos en una atmosfera oscura, fría y sin ruido, dejando únicamente el sonido del propio motor y las vibraciones que llegaban hasta ellos desde la sala de máquinas. Vhan buscó a través de los cristales, y a medida que se alejaban de la estación espacial, alguna señal de peligro entre la gran cantidad de naves que se movían a su alrededor, surcando el cosmos.

—Creo que ya nos hemos alejado lo suficiente de las rutas de tránsito para saltar —anunció el mercenario poco tiempo después.

—Muy bien, estableciendo las coordenadas… —indicó Tidux, activando los paneles de control—. Lunas de Medic fijadas. Saltando en, tres, dos…

—Agárrate —intervino Vhan, dirigiéndose a la mujer.

—Uno, saltamos —informó el robot al tiempo que accionaba

la palanca, pero no pasó nada.

—¿Pero qué? ¿Por qué no hemos saltado? —Preguntó Vhan, mirando las estrellas circundantes.

—Los circuitos de salto han fallado, hay un cortocircuito en los relés de propulsión. Ya sabíamos que estaban a punto de fallar —explicó este, comprobando los datos que aparecían en la pantalla.

—¿¡De verdad tenían que hacerlo ahora!? —Masculló el humano entre dientes, desabrochándose el cinturón y levantándose de un salto.

——※ · ※ · ※——

Fuertes golpes y algunas maldiciones salían del interior de la sala de máquinas mientras Vhan luchaba por hacer funcionar el sistema de salto de la nave. Sus manos, cubiertas de suciedad y sudor, se movían rápidamente sobre los paneles y circuitos intentando revivir algo que sabía que había llegado al final de su vida útil.

—Sé que nos habías avisado muchas veces y que los sistemas están críticos. Pero, ¿tenías que fallar ahora? —Preguntó en voz alta mientras realizaba una nueva conexión, comprobando que los sistemas seguían sin funcionar.

De pronto, las luces se apagaron, dejándolo todo a oscuras.

—¡No me jodas! —Gritó, moviéndose con la rapidez de un rayo hasta los sistemas de alimentación. Desmontó los paneles, revisando de nuevo los circuitos y golpeando los bornes de co-

nexión, hablando mientras cada golpe se volvía más desesperado—. Venga, por favor. ¿Tenías que fallar ahora? No podías hacerlo en un momento donde no tuviéramos prisa. No. Tenías que hacerlo justo ahora. ¡Venga! ¡Funciona!

Como si la nave hubiera escuchado la súplica, la luz volvió a encenderse. Los paneles de la cabina recuperaron la energía, iluminándose con diversos colores al tiempo que la imagen holográfica del radar volvía a la vida. En ese momento, un grupo de señales comenzó a parpadear en la pantalla, aproximándose al punto central, que tenía una forma muy parecida a la nave en la que se encontraban.

—¿Qué es eso? —Preguntó la mujer al tiempo que señalaba con el dedo el radar, haciendo que el robot se volviera hacia este.

—¡Tenemos compañía! —Gritó Tidux a través de los altavoces internos—. Dos contactos. Tipo dos. Acaban de salir de la estación y vienen directos hacia nosotros.

—Lo que nos faltaba —masculló Vhan, alzando la cabeza de los relés y quitándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Dos minutos, quizá menos.

—Muy bien, voy a tratar de puentear el sistema. Si eso no funciona, estamos condenados.

Con manos temblorosas, comenzó a desconectar cables, cada uno más desgastado que el anterior. Los destellos de la consola intermitente parecían burlarse de él, recordándole la fragilidad

de su situación. La reparación se alargaba, y con cada segundo que pasaba, la presión aumentaba. El sonido del motor se desdibujaba, eclipsado por el martilleo de su propio corazón, que le recordaba cómo el tiempo se le escurría entre los dedos.

De repente, la nave se zarandeó de un lado para otro, lanzando a Vhan contra la pared con fuerza.

—Eso ha sido un disparo, los tenemos encima —anunció la voz metálica de Tidux a través de los altavoces internos de la nave.

—Gracias, no me había dado cuenta.

Vhan, apretó los dientes para mitigar el dolor y tratar de recuperar la compostura mientras se concentraba de nuevo en los paneles de salto. A pesar de que intentaba enfocarse en el trabajo, los recuerdos de lo que había vivido sólo unas horas antes volvía a adueñarse de su mente. Aunque el miedo lo invadía, no podía permitirse detenerse. Con un último movimiento, conectó otro de los cables, logrando que todo el sistema chisporroteara y un zumbido vibrante llenara el aire, viendo cómo las luces piloto le decían que la energía volvía a circular a través del equipo.

—¡Creo que ya está! Prueba ahora.

El androide revisó las pantallas y comandos, comprobando que los indicadores que antes parpadeaban sin cesar ahora estaban en verde, listos para realizar su función.

—¡Afirmativo, están operativos!

—Entonces inicia el salto, voy hacia la cabina.

—Entendido —confirmó, recolocando y encendiendo todos

los conmutadores e interruptores que había tocado mientras su compañero estaba en la sala de máquinas antes de sentarse de nuevo—. Preparando salto interestelar en, tres…

Vhan atravesó la cabina y cayó sobre su asiento.
—Dos…

Se abrochó el cinturón mientras otro impacto sacudía la nave.
—Uno…
—Funciona por favor —rogó el humano.

¿Quieres saber si Vhan y Tidux consiguen escapar de sus atacantes? ¿Quieres saber quién es esa extraña mujer y por qué la perseguían? ¿Quieres saber cómo acaba esta historia?

Descúbrelo en Un trabajo inesperado



Enciclopedia galáctica

(Última actualización realizada el 65 del 7.183 del G.G)

Alinum Es un elemento químico de la tabla periódica cuyo símbolo es Am y su número atómico el 380. Es radiactivo y el más pesado de los Vlednos (elementos químicos que forman el grupo 14). El alinum posee una apariencia oscura, lustrosa y brillante y su punto de fusión es de 6.432 S. Es el elemento más raro de la naturaleza, encontrado solo en grandes cantidades en menos de treinta planetas de toda la galaxia, y siendo extremadamente difícil su extracción. Dichos planetas están concentrados, principalmente, en el sector Rhüng, perteneciente a la Federación de Comercio y Transporte.

No fue hasta el 6.003 del G.G. que se pudo realizar un análisis de todas sus propiedades, descubriendo que al bombardear el material con átomos de Kele, el elemento más común de la galaxia, el alinum sufría una reacción nuclear que generaban más energía que la producida por una estrella gigante roja. Esto provocó un estudio de sus posibilidades científicas y su posterior incorporación al motor de salto creado por el ingeniero Glum Stháunsen.

Armas de plasma Son el armamento más utilizado a lo largo de toda la galaxia, aplicándose en pistolas, fusiles, cañones, torretas defensivas y naves espaciales. Funcionan convirtiendo gases normales o materiales combustibles en plasma, un estado de la materia altamente energético.

Al disparar el arma, un pequeño reactor realiza la transformación del gas en plasma y lo reviste con un campo magnético que previene la disipación de los rayos. Una vez el proyectil entra en contacto con materia sólida, el campo magnético que lo rodea se rompe, derramando la energía sobrecalentada sobre el objetivo.

Balnir Especie bípeda procedente del sistema Ashmelan y cuyo nombre procede de su homónimo planeta de origen. Poseen un cuerpo delgado y estilizado, con una tez color añil, un rostro alargado y dos largos incisivos que sobresalen por debajo de su labio superior. Los machos tienen, a lo largo de toda la cabeza, diversas púas óseas que usan durante los períodos de apareamiento para atraer a las hembras de su especie.

Los balnir forman parte del Gobierno Galáctico desde el 89 del año 3.560 del G.G. siendo así los integrantes número ciento ochenta y cuatro.

Ciencia galáctica Durante la evolución de cualquier civilización se crean unos conocimientos, medidas y nomenclaturas propias del universo que las rodea. Estos datos son usados como verdaderos durante miles de años hasta que, al entablar contacto con el resto de las razas de la galaxia, pueden llegar a ocasionar confusiones o accidentes. Por dicha razón, los miembros originales del Gobierno Galáctico solicitaron a sus científicos que crearan un único sistema galáctico de referencia y catalogación. De esta manera se permite logar una uniformidad en cualquier medida, análisis o resultado realizado a lo largo de toda la nebulosa.

La ciencia y la educación son uno de los puntos más importantes a la hora de la inscripción de una nueva civilización al Gobierno Galáctico, pues esta tiene que transformar toda su cultura individual en una comunitaria.

Créditos Divisa creada durante los inicios del Gobierno Galáctico para eliminar los problemas de cambio de moneda entre los diferentes planetas de la alianza. Actualmente es el tipo de dinero usado por todos los miembros de dicha institución galáctica.

Aunque la mayoría de compras y ventas se paguen de forma virtual, a través de las muñequeras digitales y los chips hipodérmicos, en muchos casos se utilizan diferentes metales preciosos en forma de varillas para pagar grandes sumas de dinero. La producción y el control de esta divisa se realiza en Klhän, quinto planeta del sistema Jahxon, donde el Gobierno Galáctico tiene su sede permanente.

Cuerpo de Protección Institución militar humana creada por el Gobierno Galáctico el 196 del 6.684 del G.G. debido a los ataques recibidos por la raza humana durante los primeros años de aproximación al resto de las civilizaciones.

Dependía directamente del Gobierno Galáctico, bajo la tutela de los Guardianes del orden de la Galaxia. Tenía la misión de proteger el libre ejercicio de los derechos, libertades y garantizar la seguridad de los humanos a lo largo de toda la nebulosa.

El 8 del 7.163 del G.G. el Cuerpo de Protección sufrió un ataque a lo largo de todas las sedes de la galaxia. Sus instalacio-

nes y efectivos fueron destruidos debido al grupo terrorista *Libertad Espacial*, quienes reclamaron la autoría de los hechos pocas horas después. Aunque se atraparon a los culpables, el Gobierno Galáctico también condenó al Cuerpo de Protección por su negligencia, disolviendo la institución el día 35 del mismo año.

Deportes galácticos Los deportes son uno de los fenómenos con más repercusión de la galaxia. Tras la finalización de las guerras que han asolado las diferentes civilizaciones del Gobierno Galáctico, los deportes se han transformado en una demostración de poder y fuerza. No solo de los jugadores, sino también de las comunidades a las que representan.

Esto ha llegado a provocar que los deportes sean guerras a tamaño microscópico donde la sangre y la muerte es solo una norma más. Y, aunque el deporte es considerado como un método de disminuir la violencia y la delincuencia en la sociedad, en muchas ocasiones se suceden estallidos violentos durante o tras las competiciones por parte de los espectadores. El más notable de estos fue el sucedido en la estación de Maudios, en el sistema Thega, donde los hinchas del *Fuego Craneal* y de los *Vacío Sideral* tuvieron una confrontación que duró cinco días y que dejó más de cuatro mil muertos.

Galáctico (idioma) Lengua extendida a lo largo de toda la galaxia para la fácil comunicación entre todos los seres pertenecientes a la alianza galáctica. Sus orígenes se remontan a la formación del propio Gobierno Galáctico; cuando los altos gober-

nantes de las quince razas que formaban la primera asamblea ordenaron a los mejores lingüistas de sus respectivos mundos que crearan un idioma común para todos.

El proceso duró más de cien años galácticos en los que se analizaron miles de lenguajes, tanto actuales como milenarios, para conseguir crear un idioma capaz de ser usado por todas las razas pertenecientes a la alianza y que es hablado hoy en día en más de doscientos millones de planetas.

Gobierno Galáctico Es la comunidad económica y política más grande de la nebulosa. Actualmente está compuesta por doscientas setenta y tres civilizaciones y se rige por un sistema interno en régimen de democracia representativa.

El Gobierno Galáctico ha desarrollado un sistema jurídico y político único que se ha extendido y evolucionado a lo largo de su historia hasta conformar la institución galáctica actual.

Esta institución promueve la integración de nuevas especies o razas por medio de políticas comunes que abarcan distintos ámbitos de actuación; desde economía, ciencia, lingüística o cultura hasta legislación y política. El ingreso de una nueva civilización es un proceso lento y complejo que conlleva la votación y aceptación por unanimidad de todos los miembros pertenecientes al consejo. En su inicio, el Gobierno Galáctico fue establecido por quince miembros para hacer frente al ejército robótico que asoló la galaxia durante la época oscura.

Guardianes del orden de la Galaxia Popularmente conocidos como los GoG, son el cuerpo militar encargado de crear y mantener la paz en áreas de conflictos, monitorear y observar los procesos pacíficos y de brindar asistencia a ex combatientes en la implementación de tratados con fines pacíficos. Actúan por mandato directo del Gobierno Galáctico y forman parte miembros de las fuerzas armadas de todas las civilizaciones integrantes.

Nació tras derrota final del ejército robótico el 159 del año 180 del G.G. con la misión de proteger a toda la galaxia de una nueva época oscura, como la llamaron los historiadores de aquel período.

Humanos Especie del orden de los primates, bípeda e inteligente, procedente de la región Rhengis. Su nombre procede de un antiguo idioma arcaico de su planeta de origen, llamado Tierra. Los seres humanos abandonaron su sistema solar durante el año 6.587 del G.G. para escapar de la destrucción de su planeta natal y de sus colonias establecidas en otros planetas del mismo sistema solar. Por los datos obtenidos, se conoce que dicha destrucción fue debida al impacto de un meteorito sobre la superficie del planeta; originando miles de nuevos cuerpos peligrosos y haciendo imposible la supervivencia de los individuos. Poco tiempo antes de que se produjera dicha catástrofe, los humanos fletaron miles de naves para así poder abandonar el peligroso sistema solar y buscar un nuevo lugar donde establecerse.

Posteriormente, el 79 del 6.679, fueron descubiertas las primeras naves de refugiados humanos por parte de unos corredo-

res de estrellas trionat mientras realizaban *La carrera de la Supernova*. El Gobierno Galáctico ordenó la dispersión de la humanidad en cientos de estaciones y colonias galácticas a lo largo de toda la nebulosa debido a los ataques sufridos durante los primeros años por parte de otras razas.

Aunque aún conservan su lengua antigua, los seres humanos han instaurado el idioma y la ciencia galáctica a lo largo de todas sus colonias con el fin de solicitar el ingreso en el Gobierno de la Galaxia. A pesar de sus varios intentos, los humanos no han conseguido la aceptación por unanimidad de los otros miembros de dicha institución.

Minas de gas de Mojen Situadas en el sistema Noubular, es una de las grandes fuentes productoras del gas RCKB, elemento indispensable para la aleación de los metales espaciales. Se considera uno de los lugares más peligrosos para trabajar de toda la galaxia debido a las precarias y, en muchos casos, inexistentes condiciones de seguridad y a la nocividad de los propios gases extraídos.

Motor de salto Creado por el ingeniero gujuro Glum St-háunsen, el dispositivo de salto es capaz de crear un túnel que permite llevar a un sujeto de un punto a otro de la galaxia en un tiempo mucho más reducido que el resto de motores de viajes interestelares. Esta tecnología no podría ser posible sin el reciente descubrimiento del alinum, material que permite abrir el tejido espacial y viajar a través de una extensión del mismo.

Recientes estudios han descubierto que Glum St-háunsen no

terminó de completar el dispositivo de salto, pues sus anotaciones hacen referencia al científico Gülf Sh'áhns, quien formuló que el viaje más rápido entre dos puntos del universo no era una línea recta, sino que no existía. En sus cálculos indica la posibilidad de plegar el universo alrededor del dispositivo de salto y llegar de un lado a otro instantáneamente, sin ningún tipo de viaje o tiempo perdido. Aunque se están llevando a cabo importantes mejoras en los nuevos motores de salto, aún no se ha conseguido demostrar dicha teoría.

Ohksiano Especie inteligente perteneciente al suborden de los reptiles y procedentes del sistema Squamata. Su nombre hace referencia a su planeta de origen, Ohks, en el que evolucionaron los primeros individuos. Son criaturas bípedas que conservan su larga cola como vestigio de sus antepasados. Poseen manos con pulgares oponibles y usan los dedos de los pies, más largos que los de sus extremidades superiores, para sentir las vibraciones de sus presas a través del suelo o del agua. Los ohksianos viven en climas cálidos, junglas y pantanos.

Son una raza beligerante y depredadora que les gusta cazar a sus presas en grupos pequeños. Poseen gran cantidad de rituales, siendo el más importante de su vida el de maduración, en el que los jóvenes deben cazar su primer cinético, uno de los grandes depredadores del planeta Ohks, transformándose así en adultos de pleno derecho y recibiendo por ello uno de los dientes de dicha criatura como reconocimiento.

Aunque no pertenecen a las civilizaciones miembro del Gobierno Galáctico; su instinto cazador, sus sentidos mejorados, su

gran estabilidad sobre cualquier terreno y su visión altamente desarrollada, a pesar de que posean un ojo a cada lado de la cabeza, les han transformado en importantes efectivos. Siendo reclutados en muchas ocasiones como mercenarios y soldados de fortuna por otras razas.

Paltar Especie bípeda originaria del sector Myrnix. Su nombre proviene de su antiguo idioma y se traduciría como "Hijos de Pal", en referencia a la estrella de su sistema de origen. Los Paltar destacan por su imponente físico y robusta estructura ósea, conocidos por su fuerza y resistencia. Su piel es gruesa, de tonalidades ocres en los adultos durante su plenitud. Al alcanzar la vejez, los Paltar pierden la pigmentación de su piel y sus cuerpos comienzan a debilitarse, adquiriendo una apariencia frágil.

El sector de origen de los Paltar es un entorno hostil, con pocos planetas habitables, lo que los ha llevado a terraformar gran parte de ellos. Han trabajado incansablemente para mejorar estas tierras y aumentar su población. Actualmente, varios sistemas están en proceso de terraformación, siendo uno de los más importantes el de Pykek.

Aunque los Paltar son miembros de pleno derecho en el Gobierno Galáctico, su civilización se centra mayormente en sus propios territorios. No muestran mucho interés en los asuntos externos, priorizando la mejora de sus infraestructuras internas y la evolución de su sociedad. Este enfoque en la mejora constante de sus planetas se debe a las difíciles condiciones que enfrentan en su sector natal.

Rifle de fusión Categorizada en la lista de armas peligrosas y prohibidas por parte del Gobierno Galáctico, estos rifles están creados a partir de un generador nuclear de tamaño nano. La institución galáctica las prohibió el 152 del año 5.621 del G.G. debido a la peligrosidad que representaban y de su capacidad destructora.

Este tipo de armas lanzan proyectiles de alta penetración y contaminan con una descarga nociva de radiación cualquier objeto que reciba el impacto de estas. A pesar de su ilegalización, muchos criminales, soldados de fortuna y algunos ejércitos siguen usándolas.

Scroc Especie evolucionada a partir de los anfibios. Su nombre proviene de la palabra croar en su idioma natal. Proceden de un único sistema, Adenom, situado en el extremo de la constelación de Färdenas. Son seres bípedos, con grandes ojos saltones y robustas extremidades. Su piel es extremadamente áspera y, en la mayoría de los especímenes, venenosa; pudiendo causar desde una leve irritación hasta la parálisis.

Aunque prefieren evitar los lugares secos y vivir en planetas húmedos, los scroc han desarrollado los cracor, unos collares bulbosos repletos de una mezcla de agua, sales y químicos que permiten que la piel nunca se les seque completamente; pudiendo así vivir en otros planetas sin grandes dificultades. Su civilización fue incorporada al Gobierno Galáctico el 64 del año 6.852 del G.G. como la número doscientos sesenta y nueve.

Tiempo galáctico A pesar de que todas las civilizaciones galácticas tienen sus propios períodos de tiempo, por cuestiones prácticas, el Gobierno Galáctico instauró un cómputo estándar para aunar a todos ellos basado en las características propias del sistema Jahxon.

El tiempo galáctico define su unidad fundamental, el segundo, como la duración de 8.273.368.593 de oscilaciones de la radiación emitida en la transición entre los dos niveles hiperfinos del estado fundamental del isótopo 133 del átomo de Guhnio (^{133}Gh), a la temperatura de 0 S.

Arbitrariamente, se hace equivaler 4.000 segundos a una hora y, 25 de ellas a un día estándar galáctico, tiempo que tarda Glahän, segundo planeta y cuna política del Gobierno Galáctico, en dar una vuelta completa sobre su eje. Asimismo, 250 de estos períodos se hacen equivaler a un año galáctico, duración que necesita el planeta en dar una vuelta completa alrededor de su estrella.

Curiosamente, y por motivos aún desconocidos, la escritura y pronunciación de las unidades del tiempo galáctico son similares a las que poseía la raza humana en el momento de su descubrimiento por parte del Gobierno Galáctico.

Ühn Medida estándar galáctica de longitud cuyo símbolo es el ü y cuyo valor es equivalente a la distancia que recorre la luz en el vacío durante un intervalo de 1/299.792.458 de segundo. Sus múltiplos y submúltiplos más comunes son los siguientes:

Submúltiplos			**Múltiplos**		
Valor	**Símbolo**	**Nombre**	**Valor**	**Símbolo**	**Nombre**
10^{-1} ü	dü	decühn	10^{1} ü	daü	decaühn
10^{-2} ü	cü	centühn	10^{2} ü	hü	hectühn
10^{-3} ü	mü	milühn	10^{3} ü	kü	kilühn